



Pobres Gentes

Fedor Dostoievski



«¡No, señor, no quiero nada con esos urdidores de cuentos! En vez de escribir algo útil, agradable, consolador, se complacen en rebuscar las más pequeñas menudencias de este mundo, para esparcirlas por ahí. Yo, sencillamente, les prohibiría coger la pluma. Porque vea usted: resulta que lee uno...; luego, sin querer, se pone a pensar en que ha leído..., y al final es... que se le llena a uno la cabeza de disparates. Así que lo dicho: yo, sencillamente, les prohibiría escribir, de un modo terminante y categórico, ¡prohibido en absoluto!»

(PRÍNCIPE V.F. ODOYEVSKII)

8 de abril

Mi estimada Varvara Aleksiéyevna: ¡Ayer me sentí feliz, extraordinariamente feliz, como no es posible serlo más! ¡Conque, por lo menos una vez en la vida usted, tan terca, me ha hecho caso! ¡Al despertarme, ya oscurecido, a eso de las ocho (ya sabe usted, amiga mía, que, terminado mi trabajo en la oficina, de vuelta a casa, me gusta echar una siestecita de una a dos horas), encendí la luz, y ya había colocado bien mis papeles y sólo me faltaba aguzar mi pluma, cuando, de pronto, se me ocurre alzar, la vista, y he aquí que..., lo que le digo, que me empieza a dar saltos el corazón! ¡Ya habrá usted adivinado lo que ocurría!

Pues que un piquito del visillo de su ventana estaba levantado y prendido en una maceta de balsamina, exactamente como yo otras veces hube de indicarle. Así que me pareció como si contemplara su adorado rostro asomado un instante a la ventana y que también usted me miraba desde su gabinetito, que usted también pensaba en mí. Y ¡cuánta pena me dio el no poder distinguir bien su encantador semblante! ¡Hubo un tiempo en que también yo tenía buena vista, hija mía! ¡Los años no proporcionan ningún contento, amor mío! ¡Ahora suele ocurrirme que me baila todo delante de los ojos! En cuanto trabajo un poquitín de noche, en cuanto escribo un ratito, ya amanezco al día siguiente con los ojos ribeteados y lacrimosos, hasta el punto de darme vergüenza que me vea nadie. Pero en espíritu veía yo muy bien, hija mía, su amable y afectuosa sonrisa, y, en mi corazón experimentaba sensación idéntica que en aquel tiempo, cuando la besé aquella vez, Várinka. ¿Lo recuerda usted aún? ¿Sabe usted que me parece verla en este instante amenazándome con el dedo? ¿Será verdad, mala? La primera vez que vuelva a escribirme, me lo ha de decir sin remisión y con detalles.

Bueno, vamos a ver: ¿qué piensa usted de nuestra idea, me refiero al visillo de su ventana, Várinka? Magnífica, ¿no es verdad? Cuando yo me siento para escribir, o me acueste, o me levante, siempre podré saber así si usted me lleva todavía en el pensamiento y se acuerda de mí, y también si está usted bien y alegre. Si deja caer el visillo, querrá decir: “Buenas noches, Makar Aleksiéyevich; ¡ya es hora de irse a la cama!”. Si lo vuelve a levantar, será para decir: “¡Buenos días, Makar Aleksiéyevich! ¿Cómo pasó la noche, y que tal se encuentra de salud Makar Aleksiéyevich? ¡Yo, gracias a Dios, estoy muy bien y muy contenta!”.

Ya ve usted, amiguita, qué delicada resulta la idea. ¡De este modo no necesitamos escribirnos! ¿Verdad que está muy bien pensado? ¡Pues he sido yo el inventor de esta idea tan sutil! ¿Y ahora, Varvara Aleksiéyevna, dirá usted todavía que no tengo imaginación?

Tengo que decirle aún nena, que la noche última la he pasado en un sueño, muy bien, contra lo que me esperaba, por lo que también yo estoy ahora muy contento, sobre todo teniendo en cuenta que, por lo general, en una habitación nueva, por la falta de costumbre, no se suele coger el sueño; por lo visto, no siempre pasan las cosas como habrían de pasar. Al levantarme hoy me sentía enteramente... tan, vamos, tan ligero de cuerpo y de espíritu.... tan alegre y despreocupado. ¡Es que hoy también ha hecho una mañana...! Abrí la ventana, y entró por ella el sol a raudales, rompieron a cantar los pájaros, impregnóse el aire de aromas de primavera, y toda la Naturaleza revivió...; bueno, también todo lo demás estaba como es debido, exactamente como debe estar cuando es primavera. ¡Con decirle a usted que yo me puse a soñar también un poquitín, claro que pensando sólo en usted, Várinka! La comparaba mentalmente con un angelito del cielo, creado tan perfecto para alegría de los hombres y ornamento de la Naturaleza. Y pensaba también que nosotros, Várinka, nosotros, los hombres, que pasamos la vida entre angustias y sobresaltos, podíamos envidiar, por su despreocupada e inocente alegría, a los pajarillos del cielo..., y algo más también, todo por este estilo, me parece. ¡Quiero decir, que sólo hacía esas comparaciones remotas! Tengo aquí, Várinka, un librito en el que se habla de esas cosas, y todo se describe muy al pormenor. Digo esto para que se vea que, aunque siempre discrepan las opiniones, ahora que es primavera, se le ocurren a uno exactamente ideas iguales de placenteras y espirituales y fantásticas e idénticos ensueños de ternura. Por eso precisamente he escrito yo todo lo que antecede. Aunque en su mayor parte lo he sacado todo del librito que le digo. En él expresa el autor el mismo deseo que yo, sólo que en verso:

¡Oh, quién fuera un ave, un ave de rapaña!

Luego vienen también otros pensamientos distintos, pero... ¡le hago gracia de ellos! Pero dígame, Varvara Aleksiéyevna: ¿adónde iba usted esta mañana? Aún no había salido para la oficina, cuando ya atravesaba usted, tan pizpireta, el portal, y como un pajarillo de primavera había dejado su nidito. ¡Y cómo se me alegró el corazón al verla! ¡Ah Várinka! ¡No se aflija usted! Las lágrimas no quitan las penas, créame a mí, que hartito lo sé, y por experiencia propia. Ahora lleva usted una vida muy alegre y distraída, y también está mejor de salud. Bueno... pero a todo esto, ¿qué hace su Fiodora? ¡Ah, y qué buena es la pobre! ¡Usted debería escribirme todo con todos sus detalles, Várinka, cómo se lleva usted con ella y si está usted contenta del todo! ¡Fiodora es a veces algo gruñona, pero usted no se lo debe tomar en cuenta, Várinka! ¡Dios sea con ella! A pesar de todo, es un alma de Dios!

Ya le escribí a usted hablándole de nuestra Teresa: es también una criatura buena y fiel. ¡Cuánto me han dado que hacer nuestras cartitas! ¿Cómo hacerlas llegar a su destino? Hasta que quiso Dios que viniera Teresa, como enviada propiamente por Él. Es una chica buenaza, modesta y de buen genio. Pero nuestra patrona muestra carecer de toda piedad al esquimarla como lo hace. La pobre chica no puede con tanto trabajo.

¡Pero en qué estoy pensando, Varvara Aleksiéyevna! ¡Todavía no le he dicho que vivo ahora en compañía! Antes vivía yo en soledad completa, bien lo sabe usted, con una paz y silencio que cuando volaba una mosca se la sentía. ¡Mientras que ahora..., todo es barullo, algazara y estruendo en torno mío! Pero usted no puede formarse la más remota idea de lo que es esto. Imagínese usted un corredor interminable, muy oscuro y muy sucio, con muchas puertas, una al lado de otra. Y detrás de cada puerta hay su correspondiente habitación, número tantos, y en cada una de esas habitaciones viven juntas dos o tres personas, que entre todas pagan el alquiler. En cuanto a orden, no se le

ocurra pedirlo; ¡esto es el arca de Noé! A pesar de todo los inquilinos son buena gente, en mi concepto, y educados y hasta cultos, sí, señor tenemos aquí, entre otros, cierto empleado... que es un hombre muy leído: le habla a usted de Homero y de otros muchos escritores, y le habla, en una palabra, de todo...; nada, ¡que es un hombre de talento! Tenemos también dos ex oficiales que se pasan la vida jugando a las cartas. Y, además, un marino, que da lecciones de inglés. Aguarde un poco, que voy a contarle algo de risa: ¡en mi próxima carta le describiré en estilo satírico a toda esta gente, pintándole a usted con todos sus detalles el modo como viven!

Nuestra patrona es una vieja muy pequeñita y muy sucia, que anda todo el día por la casa en chancletas y envuelta en una bata de dormir, y está constantemente insultando a la pobre Teresa. Yo vivo en la cocina, o, mejor dicho..., ya se lo figurará usted: contiguo a la cocina hay un cuarto (debo decirle a usted que la tal cocina está muy limpia y es muy clara), un cuartito muy chico, un rinconcito muy discreto..., o mejor dicho, que lo será; la cocina es grande y tiene tres ventanas, y paralelo al tabique me han colocado un biombo, de modo que resulta así un cuartito, un número supernumerario, como suele decirse. Todo muy espacioso y cómodo, y tengo hasta una ventana, y lo principal, que... como le digo, todo está muy bien y muy confortable. Este es mi rinconcito. Pero no vaya usted a imaginarse, hija mía, que yo lo diga con segunda intención, porque, al fin y al cabo, ¡esto no es más que una cocina! Es decir, hablando con exactitud, yo vivo en la misma cocina, sólo que con un biombo por medio, pero esto no significa nada. ¡Yo me encuentro aquí muy contento y a gusto, en completa modestia y placidez!

He colocado en este rinconcito mi cama, una mesa, una cómoda, dos sillas, sí, señor, un par nada menos, y he colgado de la pared una imagen piadosa. Ciertamente que hay habitaciones mejores, y hasta mucho mejores, pero lo importante en este mundo es la

comodidad; sólo por esto vivo yo aquí, porque me encuentro así más cómodo..., no vaya usted a pensar que lo hago por otra razón. Su ventanita cae enfrente de mi cuarto, por encima del vestíbulo, y el vestíbulo es también muy pequeñito, de modo que se la ve a usted ir y venir con toda claridad..., con lo que siempre estoy, pobre de mí, más acompañado, y también me resulta más barata esta combinación. En esta casa, el cuarto más pequeño cuesta, incluyendo la comida, treinta y cinco rublos al mes. ¡Y eso no lo podría soportar mi bolsa! Pero mi rinconcito me viene a salir sólo por siete rublos, y por la comida pago cinco, mientras que antes venía a costarme todo, en números redondos, treinta rublos, para pagar los cuales tenía que renunciar a muchas cosas: no podía, por ejemplo, tomar té siempre, y ahora, en cambio, me sobra dinero para azúcar. Así como se lo digo a usted: no puede usted figurarse la vergüenza que uno pasa cuando no puede tomar té, Várinka. En esta casa sólo viven personas que cuentan con ingresos seguros, y eso hace sentirse importante un poco. Y para que lo sepa, sólo porque el otro toma té, sólo por el qué dirán, tiene uno que tomarlo, Várinka; porque aquí eso forma parte del buen tono. Si así no fuera, a mí me daría exactamente igual, que no soy hombre que conceda mucha importancia a los placeres.

Hay que contar, además con que se necesita llevar algún dinero en el bolsillo, pues siempre hace falta alguna cosa; pongamos, por ejemplo, un par de botas, un corte de tela para un traje, y teniendo esto en cuenta, ¿qué le queda a uno libre? Así que a mí se me va todo el sueldo. Aunque no me quejo de que así sea, sino que, por el contrario, estoy muy contento. A mí me basta con lo que tengo. ¡Muchos años hace ya que me hasta! Bien es verdad que de cuando en cuando tenemos alguna que otra gratificación...

Bueno, ángel mío, quede usted con Dios por hoy. Me he comprado un par de plumas, dos tiestos, uno de balsamina y

otro de geranio... baratitos. ¿Le gusta a usted por ventura el reseda? Pues bastará que me lo diga por carta para que en seguida esté aquí el reseda. Pero escríbame sin omitir detalle, ¿no? Por lo demás, no creo, que deba servirle de disgusto... nada de lo que haga ni el que me haya conseguido un cuarto tan agradable. Sólo lo he hecho por la comodidad, únicamente me he dejado guiar en esto por la consideración de encontrarlo tan confortable... Pero debo confesarle también, hija mía, que he ahorrado algún dinero y puesto aparte alguna cantidad; ¡oh, sí; poseo ya mis ahorritos! No piense usted que soy tan pacato y tímido que una mosca pudiera derribarme con sus alas. No, hija mía, no soy tan poca cosa y tengo precisamente ese carácter que debe tener el hombre que tiene la conciencia tranquila y esa entereza que comunica el sentimiento del propio decoro. Pero adiós, ángel mío. Ya he llenado dos carillas enteras y es la hora justa de ir a la oficina. Beso su mano, Várinka, y quedo como su seguro servidor y fiel amigo.

Makar Dievushkin

Post Scriptum: Perdone, vuelvo a rogarle que me escriba extensamente, ángel mío. Le envío adjunto un cucurucho de dulces, Várinka; que los saboree con felicidad y, por Dios, no se preocupe de mí y no me mire con malos ojos. Y esta vez de veras, adiós, hija mía.

8 de abril

Mi estimado Makar Aleksiéyevich: ¿Sabe usted que va a haber que retirarle a usted la amistad? Le juro, mi buen Makar Aleksiéyevich, que a mí me cuesta mucho trabajo el aceptar sus obsequios. Sé lo que le cuestan y la brecha que abren en su bolsa, a cuántas privaciones le obligan y cómo tiene usted, que

escatimarse lo necesario. ¿Cuántas veces no le habré dicho que a mí no me hace falta nada, absolutamente nada, y que no está en mi mano el corresponder debidamente a las atenciones con que usted me abrume? La balsamina, todavía pase, pero ¿a qué viene también el geranio? ¿Es que basta que yo suelte una palabra impremeditada, como, por ejemplo, que me gustan los geranios, para que usted vaya en seguida a comprarme un tiesto? ¿Encuentra usted algo caro? ¡Qué maravillosas son las flores! ¡Qué brillo tan rojo tienen y cuántas son! Pero dígame usted hombre: ¿dónde ha podido usted encontrar un ejemplar tan hermoso? He colocado la maceta en el alféizar de la ventana, en el sitio más visible. En el banquito que hay al pie de la ventana pondré también otras flores, ¡pero deje usted que me haga rica! Fiodora no acaba de hablar de nuestro cuartito, que es ahora un verdadero paraíso, de limpio y claro y acogedor. Pero ¿a qué venía también eso de los dulces?

Además, inmediatamente deduje de la lectura de su carta que había algo de por medio, no del todo bien; la primavera, los aromas, el canturriar de los pajaritos..., nada, que pensé: ¿a qué va a endilgarme una poesía? Porque, a decir verdad, sólo faltaban versos en su carta, Makar Aleksíyevich. Los sentimientos que en ella expresa son muy tiernos, y las ideas teñidas de rosa..., ¡todo como es debido! En lo del visillo no tuve yo parte. Ese piquito que dice debió de quedarse prendido de una rama al trasladar yo las macetas.

¡Y eso es todo!

¡Ah, Makar Aleksíyevich! ¿a qué me habla usted y me hace la cuenta de sus ingresos y sus gastos para tranquilizarme y hacerme creer que todo lo que usted gasta lo gasta por su gusto? Lo que es a mí no me puede usted engañar. Yo sé muy bien que usted se priva por mí de lo más necesario. ¿Quiere decirme con toda claridad por qué se le ha ocurrido a usted alquilar ese cuarto? Ahí lo molestan y distraen a usted; el cuarto es, como si yo lo

viera, demasiado chico, incómodo y feo. Usted gusta del silencio y de la soledad, pero... ahí en esa casa, ¿qué vida va a llevar usted? Y con arreglo a su sueldo podía usted procurarse una habitación mucho mejor. Dice Fiodora que usted antes vivía incomparablemente mejor que hoy día. ¿Ha pasado usted realmente toda su vida así siempre solo, siempre con privaciones, sin disfrutar de nada, sin escuchar una palabra amiga; siempre en su cuchitril alquilado, entre gente extraña? ¡Ah, amigo mío, si viera usted cómo le compadezco! Pero por lo menos, cuide usted de su salud, Mákar Aleksíyevich. Dice usted que no anda muy bien de los ojos..., ¡pues no escriba usted con luz artificial! ¿Por qué y qué es lo que usted escribe? Sin necesidad de eso, ya sus superiores deben conocer el celo que usted se toma por el servicio.

Se lo vuelvo a suplicar a usted, no gaste tanto dinero en mí. Ya sé que usted me quiere, pero usted no es rico... Hoy estaba yo de tan buen humor como usted al despertarme. ¡Si viera qué contenta estaba! Sólo salí de casa para comprar seda y enseguida me puse a trabajar. ¡Y toda la mañana y toda la tarde he estado tan contenta! Pero ahora..., otra vez vuelven las ideas impacis y tristes a atormentarme el corazón.

¡Dios mío, qué será de mí, cuál será mi destino! ¡Lo peor es que no sabe una nada, nada absolutamente de lo que le tiene reservado la suerte, que no dispone del porvenir y ni remotamente puede adivinar lo que ha de ser de una! Esta consideración me produce tanto dolor y tanta pena, que sólo con pensarlo quiere saltárseme el corazón. Toda mi vida he de quejarme con lágrimas en los ojos de las criaturas que labraron mi desgracia. ¡Qué seres tan horribles!

Está oscureciendo. Es hora de abocarme de nuevo a la tarea. de buena gana le escribiría a usted más, pero por esta vez no puede ser; el trabajo tiene que estar acabado para fecha fija. Así que tengo que aligerar. Claro que siempre una gusta recibir cartas; de lo contrario, ¡se aburre una tanto! Pero ¿Por qué no viene

usted a visitarnos personalmente? ¿Quiere decirme por qué, Makar Aleksiéyevich? ¡Vivimos tan cerca, y usted debe de tener tanto tiempo libre!

Así que.... nada, ¡qué tiene que hacernos una visita! He visto hoy a su Teresa. Parece muy delicada de salud. Me dio tanta lástima de ella, que le di veinte kopecs.

Sí, es verdad, casi se me había olvidado; escríbame usted, lo más detalladamente posible..., qué clase de vida hace, qué pasa en torno suyo... ¡todo! Qué clase de individuos son los que ahí viven y si se llevan ustedes bien con ellos. Yo quisiera saberlo todo. Así que no se le olvide a usted escribirme todo, con toda clase de detalles. Hoy no dejaré engancharse involuntariamente el pico del visillo. Váyase a acostar más temprano. Anoche vi luz en su cuarto alrededor de la medianoche. Y ahora, quede usted con Dios.

Hoy ha vuelto todo de nuevo: pena, sobresalto y tedio. ¡Ha sido un día! Pero, en fin, ¡quede usted con Dios!

Suya,

Varvara Dobroselov

8 de abril

Mi estimadísima Varvara Aleksiéyevna: Sí hija mía; debe de haber sido un día como a menudo nos depara la suerte. ¡Se ha divertido usted a costa mía, pobre viejo, Varvara Aleksiéyevna! ¡Aunque después de todo, soy yo quien tiene la culpa, yo y nadie más que yo! ¿Quién me manda a mí, a mi edad, con el pelo que me queda en la cabeza, meterme en aventuras?... Y, sin embargo, es menester que se lo confiese, hija mía; el hombre es a veces una cosa rara, pero, que muy rara. ¡Oh Dios santo! ¿Qué es lo que a veces no se propasa uno a decir? Pero ¿y las consecuencias últimas? Sí, pese a lo que luego pueda ocurrir, por lo pronto

suelta uno tales desatinos, ¡Qué Dios nos libre y nos guarde! Sí, hija mía, yo no me enfado en modo alguno; pero me resulta, sin embargo, muy desagradable reflexionar ahora en todas esas cosas que con tanta despreocupación y tan poco juicio le escribí a usted... Y hasta la oficina he ido lleno de arrogancia y presunción; fulgían tales luces en mis ojos, llevaba tal fiesta en el alma, y todo esto sin el menor motivo... ¡Me sentía tan feliz! Ansioso de desplegar actividad, me puse al trabajo entre mis papeles...; ¿y en qué paró al fin todo ello? Pues en que, al mirar a mi alrededor, todo lo volví a encontrar como antes..., gris e insípido. Por todas partes las mismas manchas de tinta, las mismas mesas y los mismos papeles, e incluso yo mismo me había quedado como era antes, exactamente igual... ¿Qué motivo había habido, pues, para cabalgar en el Pegaso? ¿Y de dónde podía todo aquello? Sencillamente de que el sol había sonreído por entre las nubes, y el cielo teñíase de un color más claro. ¿Acaso se debía todo, sólo a eso? Y ¿qué tienen que ver los aromas primaverales cuando mira uno a un patio en el que se puede encontrar toda la basura del mundo? Verdaderamente, todas esas cosas me las he debido yo de imaginar de puro estúpido. Pero sucede a veces que el hombre se pierde en sus propios sentimientos y otea la lejanía y profiere disparates. Lo que sólo es efecto de una estúpida calentura, en la que tiene su parte el corazón. No volví luego a casa como los demás mortales, sino que me escurrí en ella; la cabeza me dolía. Me suele suceder así. Y es que debo de haber cogido frío a la espalda. ¡Me había estado alegrando exactamente igual que un burro viejo con la llegada de la primavera, y me eché a la calle con una capita muy fina! ¡También esto! Pero tocante a mis sentimientos se equivoca usted, amor mío. Ha tomado usted en un sentido totalmente distinto mis palabras. Se trata únicamente de una inclinación paternal, Várinka, pues yo vengo a ocupar, en la triste orfandad en que se encuentra, el puesto de un padre, se lo digo con toda mi alma y con un corazón puro. Pero sea como

fuere, después de todo, soy algo pariente suyo, aunque muy remoto, acaso como dice el refrán: la última palabra del credo, pero al fin y al cabo, un pariente suyo, y ahora hasta puedo añadir que su mejor pariente y su único protector. Porque aquí, donde parecía lo más natural que encontrase usted ayuda y protección, tan sólo encuentra traición y desvío. Pero tocante a los versos, debo decirle a usted, hija mía, que no me está a mi bien, a mis años, ponerme a rimar coplas. ¡Las poesías son disparates! Hoy castigan a los chicos en las escuelas cuando los cogen haciendo versos. ¡Conque vea usted, amor mío, lo que es la poesía!

¿A qué viene todo eso que me dice usted en su carta de comodidad, descanso y no sé cuántas cosas más, Varvara Aleksiéyevna? Yo no soy exigente, hija mía, no he vivido jamás mejor de lo que hoy vivo; ¿por qué habría ahora de echarme a perder? No me falta algo para llevarme a la boca, estoy bien de ropa y calzado..., ¿qué más se puede desear? No nos está bien meternos ¡Dios sabe en qué aventuras! ¡Yo no soy de noble linaje! Mi padre no era ningún aristócrata, y mantenía a toda su familia con un sueldo tan modesto como el mío. Yo no estoy mal acostumbrado. Por lo demás, si he de decirle a usted la verdad completa, es cierto que estaba mucho mejor en mi anterior alojamiento. Disfrutaba allí de más libertad e independencia, es verdad, hija mía. Desde luego que también mi actual vivienda resulta buena y hasta en cierto sentido tiene sus ventajas; se pasa aquí la vida más alegre, si se quiere, y hay más cambio y distracción. No niego que así es; sólo que a mí, a pesar de todo, me da pena haber dejado mi habitación antigua. Así somos nosotros, los viejos; es decir, los que ya empezamos a ser viejos. Miramos las cosas viejas a que ya estamos acostumbrados casi como si fueran de la familia. Aquel cuarto era, ya lo sabe usted, pequeño pero bonito. Yo tenía una habitación para mi solo. Las paredes eran..., pero, ¡ay, a qué hablar de eso! Las paredes eran como todas las paredes del mundo, pero no se trata de las pare-

des, sino de los recuerdos que en mí despiertan y me ponen triste... Verdaderamente, tales recuerdos me afligen; pero, no obstante, me resultan como si me alegrasen, como si pensara ya con placer en todas las cosas de antaño. Incluso lo desagradable, aquello de que a veces me quejaba, hasta eso mismo aparece ahora en mis recuerdos como purificado de todo lo malo, y ya sólo lo veo con el espíritu como algo familiar y bueno. Tanto mi patrona, la buena viejecita, como yo, llevábamos allí una vida muy tranquila, Várinka. Sí, hasta en la pobre vieja pienso yo ahora con tristeza. Era una buena mujer y no me cobraba caro por el cuartito. Estaba siempre haciendo colchas con telas viejas, que cortaba en tiras estrechas, y empleaba en su labor unas agujas enormes. Esta era la única ocupación. La luz la utilizábamos los dos en común, por lo que trabajábamos ambos por la noche en la misma mesa. Vivía con ella una sobrina, Mascha, y todavía recuerdo lo pequeña que era... Ahora tendrá sus trece años, toda una mujercita ya. Y era tan desgarrado, tan indolente, que nos hacía reír. De suerte que formábamos un trío, y en las largas veladas de invierno nos sentábamos los tres en torno a la mesa redonda, nos tomábamos nuestro té, y luego volvíamos a reanudar nuestro trabajo. A menudo, la vieja se ponía a contar historias, con el fin de que no se aburriera Mascha, y también para ilustrarla un poco. Y ¡qué cuentos nos contaba la vieja! No sólo podía oírlos un niño, sino también, sí, señor, hasta un hombre adulto y razonable... Y ¡cómo nos los contaba! Yo mismo muchas veces, al darle una chupada a mi pipa, me quedaba escuchándola con la mayor atención y me olvidaba por completo de mi trabajo. Pero la chica, nuestra pequeña, se ponía muy pensativa, apoyaba su rosada mejilla en la mano, abría la boquita y se ponía a escuchar a la viejecita abriendo tamaños ojos; y cuando el cuento era de miedo, entonces se iba acercando cada vez más a la vieja, muy despacito, hasta pegársela a las faldas, toda asustada. Pero para nosotros era muy divertido mirar a la

muchacha, de suerte que, con unas cosas y con otras, nos estábamos las horas de ocio sentados a la mesa y no nos dábamos cuenta de cómo se iba el tiempo, y nos olvidábamos por completo de que afuera estaba nevando.

Sí, era aquella una buena vida, Várinka, y dicen que la hemos hecho en común por espacio de casi veinte años... Pero ¡a qué hablar de eso! A usted quizá no le agraden estas historias, y a mí me pesan aún estos recuerdos..., especialmente en esta hora del crepúsculo. Teresa está armando ahí ruido con los cachorros..., y a mí me duele la cabeza y también un poquito la espalda, y se me ocurren unos pensamientos tan raros, que parecen dolerme también; ¡estoy muy triste, Várinka!

¿Qué me dice usted de visitas, hija mía? ¿Cómo puedo yo ir a su casa? ¿Qué diría la gente si hiciera tal? Tendría yo que cruzar el portal y no dejarían de verme y de curiosarse... ¡y menudo revuelo se armaría y menudas historias forjarían las comadres, alterando completamente las cosas!... No; mejor será que la vea yo mañana, a la hora de la misa de la tarde; esto será más discreto, y para ambos más inofensivo. No se enoje usted por haberle escrito una carta semejante. Al repasarla ahora veo bien las incoherencias de su texto. Soy un viejo y sin ilustración, Várinka; de joven no terminé de estudiar, y a la edad que tengo sería una locura empeñarse en volver a empezar los estudios. Debo confesarle, desde luego, hija mía, que yo no soy ningún camaleón, y sin necesidad de indicaciones ajenas ni de observaciones intencionadas, sé muy bien que, cuando me da por sentirme bromista, no hago más que soltar despropósitos... La vi a usted hoy en la ventana, la vi cuando dejaba caer el visillo. Y adiós, finalmente, Varvara Aleksiéyevna.

Su amigo, que desea serlo sin el menor interés,

Makar Dievuschkin

Post Scriptum: No volver a escribir sátiras de nadie. Soy ya lo bastante viejo para permitirme bromas con el solo fin de pasar el tiempo. Si así lo hiciese, daría motivo para que los demás se riesen de mí, pues podrían aplicarme el refrán que dice: “¡Quién a otro cava una zanja... en ella cae!”.

9 de abril

Makar Aleksiéyevich: ¿No se avergüenza usted, amigo y protector mío, de dar cabida en su cerebro a tales ideas? ¿De verdad se considera ofendido? ¡Ah, suelo ser tan irreflexivo en mis apreciaciones! Pero conste que esta vez ni siquiera pensé que usted pudiese tomar como una burla el tonito con que me expresaba. Tenga usted la seguridad de que jamás me propasaría a hacer chistes con su edad ni con su carácter. Todo eso se lo escribía yo, ¿cómo decirlo?... pues únicamente llevada de mi buen humor, de mi aturdimiento o, mejor dicho, debido al tedio que me rodeaba, un tedio horrible... ¿Qué es lo que no hacemos a veces por sacudirnos el aburrimiento? Además, que yo creía que usted mismo en su carta se expresaba con cierto buen humor... Pero ahora me preocupa mucho pensar que usted esté enojado conmigo. No, mi leal amigo y protector; se engaña usted si me tilda de insensible e ingrata. Yo sé cuanto usted ha hecho por mí, cómo me ha defendido del tedio y la persecución de hombres execrables, y sé estimarlo en su verdadero valor. Eternamente pediré a Dios por usted, y si hasta Él llegan mis oraciones y se digna escucharlas ha de ser usted enteramente dichoso.

Me siento hoy muy mal. Escalofríos y fiebre alternados no me dejan en paz un instante. Fiodora está muy asustada. Por lo demás, carece de todo fundamento lo que usted escribe a propósito de su visita y de sus temores... ¿Qué importa la gente? ¡Usted es nuestro amigo y basta!

Quede usted con Dios, Makar Aleksiéyevich. No tengo más

que escribirle ni tampoco podría; me siento verdaderamente muy mal. Una vez más le ruego no se enoje conmigo y tenga la seguridad de mi respeto y afecto inalterables.

Su devota y agradecida,

Varvara Dobroselov

12 de abril

Mi estimada Varvara Aleksiéyevna: ¿Qué le ocurre ahora? ¡Me asusta usted, hijita! En todas mis cartas le recomiendo siempre bien, que no salga a la calle cuando haga mal, tiempo, que tenga mucha precaución... ¡pero usted, ángel mío, no hace caso de mis advertencias! Tan delicada como una pajita, hartó lo sé. Basta con que sople un pozo de viento para que en seguida se me ponga enferma. Razón por la cual debe usted cuidar más de su persona, procurar no exponerse a los peligros, aunque sólo sea por no dar a quienes la queremos motivos de inquietud, dolor y sobresalto.

En su penúltima carta expresaba usted, el deseo de conocer más detalladamente mi clase de vida y todo cuanto me rodea y concierne. Con mucho gusto voy a satisfacer, ese deseo suyo. Empezaré, por el principio, hija mía, que así habrá más orden en el relato. Así, pues, en primer lugar, las escaleras de nuestra casa son bastante medianas; la escalera principal está todavía en buen estado, si usted quiere: limpia, clara, ancha, toda de hierro fundido y con el pasamanos de una madera que reluce como caoba. En cambio, la escalera interior es de tal índole la pobre, que preferiría no hablar de ella: húmeda, con los peldaños desgastados y las paredes tan sucias, que al apoyarse, uno en ella se le quedan pegadas las manos. En cada tramo de la escalera hay cofres, sillas y armarios viejos, todos deteriorados, ropa puesta a secar, los cristales de las ventanas rotos; tropieza uno, si se descuida, con los cubos de la basura, llenos de toda la inmundicia

imaginable, con cortezas y desperdicios, cáscaras de huevos y restos de comida; todo lo cual echa un olor horrible.

La situación de mi cuarto ya se la he descrito; resulta —no se puede decir otra cosa— realmente cómoda, es verdad, pero también se respira en él un aire algo húmedo; es decir, no quiero yo dar a entender que huelan mal en las habitaciones, pero que echan un olor a podrido, si me puedo expresar así, un olor penetrante y empalagoso a moho o algo por el estilo... La primera impresión no es por lo menos agradable; pero esto no quiere decir nada; pues a los dos minutos de estar en la casa ya no se nota el referido olor y al cabo empieza uno ya a oler también y le huelen las ropas y las manos y todo huele a lo mismo..., de suerte que acaba uno por acostumbrarse. Pero entre nosotros no se logran las fragancias de las oropéndolas. El marino ya lleva compradas cinco, pero está visto que no pueden vivir en este ambiente, y no puede hacerse nada para evitarlo. La cocina es grande, espaciosa y clara. Por las mañanas se pone algo nebulosa, cuando asan carne o pescado en ella, y entonces huele a humo y a grasa, pues siempre se vierte algo, por lo que también el suelo está algo húmedo; pero en cambio por la tarde se está en nuestra cocina como en el paraíso. En la cocina suelen tender ropa a secar en unas cuerdas, y como mi cuartito no está lejos de allí, pues, está pegado casi con la cocina, suele molestarme a veces ese olorillo de la comida. Pero esto no tiene ninguna importancia; en cuanto lleve viviendo aquí un poco más de tiempo ya me acostumbraré.

En cuanto amanece ya empieza entre nosotros la vida, Várinka; ya está todo el mundo levantándose y armando ruido y dando golpes, hasta que poco a poco se van levantando todos; los unos para irse a la oficina o a otro sitio, otros por gusto y entonces dan comienzo las libaciones de té. Los samovares son casi todos propiedad de la patrona, pero todos ellos no pasan de unos cuantos, por lo que tenemos que conformarnos y aguardar que nos toque la vez; al que se sale de la fila antes que le toque

con su vaso, se le amonesta y muy enérgicamente. Así me ocurrió a mí una vez, el primer día que amanecí en la casa... ¡pero de eso había mucho que hablar! En aquella ocasión me hice yo amigo de todos. Con el primero que trabé amistad fue con el marino, el cual es un hombre de corazón abierto y me ha contado toda su historia, diciéndome que tiene padres y una hermana, casada en Tula con un asesor, y cómo ha vivido mucho tiempo en Cronstadt. También se me ofreció muy atentamente para lo que pudiera necesitar de él, y por lo tanto, me invitó a acompañarle en el té de la tarde. Yo fui a buscarle a esa hora..., y lo encontré en la misma habitación, que entre nosotros hace las veces de garito. El me obsequió con té, y luego me instó para que tomase también parte en sus juegos. ¿Sería que únicamente querían reírse de mí o que se proponían otra cosa? Lo cierto es que estuvieron jugando toda la noche y que al entrar yo ya estaban liados con las cartas. Por todas partes se veían naipes, y había en el cuarto una humareda que, con toda verdad, le ardían a uno los ojos. Claro que yo no quería jugar, y al manifestarlo así, salieron diciendo que ya se veía que yo era un filósofo. Con esto, ya nadie volvió a fijarse en mí ni a cambiar conmigo una sola palabra en todo el tiempo, pero, no obstante, si he de decir la verdad, yo me sentía allí muy a gusto. Ahora ya no aparezco nunca por allí, pues entre esa gente no hay más que azar, puro azar. Pero por las noches suelo reunirme con el empleado, que, dicho sea de paso, es también algo literato. Y en su habitación es todo muy distinto, pues reinan en ella la modestia, la inocencia y el decoro: una vida de austeridad la de nuestro hombre.

Pero, Várinka, quisiera confiarle a usted, entre paréntesis, una cosa, y es que nuestra patrona es una tía muy mala, una verdadera bruja. Usted conoce a Teresa... de modo que puede juzgar...; ¿qué es lo que le pasa a la pobre chica? Está flaca como una tísica, como una gallina pelada. Y además, sólo tiene la patrona dos criados: la susodicha Teresa y Faldoni. Si he de decir la verdad, no sé a punto fijo cómo se llama este último, y pudiera

ser que tuviera otro nombre; pero sea como fuere, el caso es que acude cuando lo llaman así, y ésa es la razón de que Faldoni lo llame todo el mundo. Es pelirrojo y parece un finés o un grobiano de ojos bizcos con una narizota enorme; se pasa la vida insultando a Teresa. Debo declarar, desde luego, que la vida aquí no es tal que se la pueda calificar precisamente de buena... Por ejemplo, eso de que todo el mundo se recoja y se acueste a la misma hora..., ni por asomo reza con esta casa. Siempre hay en ella alguien despierto y jugando, sea la hora que fuere, y a veces suceden también cosas que sólo imaginarlas se avergüenza uno. Yo estoy aclimatado y poco me asusto, pero me maravilla el que incluso matrimonios como Dios manda puedan vivir en esta sucursal de Sodoma. Tenemos aquí en una de las habitaciones, pero no formando serie con los demás números, sino al otro lado, en un cuartucho que hace rincón; es decir, algo más allá, una pobre familia que da lástima. ¡Qué gente tan callada! Nunca se los oye. Y viven todos juntos en el mismo cuarto, sin más separación que un pequeño biombo. El padre, según parece, es un empleado cesante..., que hará unos siete años perdió el destino no se sabe por qué. Se apellida Gorschkov. Es un hombrecillo bajito y canoso, que va vestido con ropas viejas ya deterioradas, hasta el punto que da pena mirarlo... ¡Va mucho peor vestido que yo! Es un sujeto pusilánime, enfermizo...: suelo encontrármelo en el pasillo. Le están siempre temblando las rodillas y también le tiembla la cabeza por efecto de alguna enfermedad o quién sabe por qué otra razón. Es la mar de tímido y le teme a todo el mundo, y se aparta a un lado, todo miedoso, y se escurre a lo largo de la pared en cuanto se tropieza con alguien. Yo también soy algo tímido, pero no tengo comparación con él. Su familia se compone de la mujer y tres hijos. El mayor es el vivo retrato, en todo, del padre, y tiene también el aspecto enfermizo. La mujer no debe de haber sido fea, pues todavía está de buena apariencia..., ¡pero va tan mal vestida, con ropas de desecho...,

tan viejas! Según he oído decir le deben el mes a la patrona; ésta, por lo menos, no los trata muy bien. También me susurra que Gorschkov ha debido de cometer algún acto feo para que lo despidieran de la oficina... Lo que se ignora es si hay de por medio algún proceso o cosa por el estilo, quizá una denuncia o un expediente. De lo que no puede dudarse es de que están en la miseria, ¡pero en la miseria más horrible! Jamás se oye ruido alguno en su cuarto, como si allí no viviese nadie. Ni siquiera se les oye a los chicos. Nunca se da el caso de que alboroten o jueguen..., y no hay peor señal que ésa. Una tarde yo pasé por delante de la puerta –reinaba en aquel instante en la casa un inusitado silencio– y pude percibir un sollozar apagado, seguido de un murmullo, y luego más sollozos, exactamente como si allí dentro estuviera llorando alguien, pero con tal tristeza y desesperanza, que a mí se me quiso saltar el corazón..., y estuve hasta la madrugada sin poder apartar de mi pensamiento a esas pobres criaturas, y tardé mucho en conciliar el sueño.

Ya se lo he descrito todo a usted, según mi manera de entender. Hoy me he pasado todo el día pensando en usted. No tome a mal, Várinka, esto que le digo; yo no ando con retórica. Yo me abandono al correr de la pluma y pongo lo que se me ocurre, con el fin de procurarle alguna distracción, con el único objeto de alegrarla un poquito. Si yo fuera hombre de letras, sería muy distinto; pero ahora ya..., ¿qué diablos sé yo? Mis padres no se gastaron mucho en educarme.

Su eterno y fiel amigo,

Makar Dievuschkin

25 de abril

Mi estimado Makar Aleksiéyevich: Hoy me he encontrado a mi prima Sascha ¡Qué encuentro más desagradable! ¡También esa

pobre se va a pique! También me he enterado casualmente, de que Anna Fiodórovna anda por todas partes preguntando por mí y que, naturalmente, quiere averiguarlo todo! No se cansará jamás de perseguirme. Según parece, ha dicho que todo me lo perdona. ¡Que ha olvidado todo lo pasado y que quiere hacerme una visita! Refiriéndose a usted, dice por ahí que no es usted pariente cercano mío, que mi parienta más cercana y única es ella, y que usted no tiene ningún derecho a inmiscuirse en nuestros asuntos. Que es una vergüenza para mí dejarme mantener por usted y vivir a su costa... Dice que ya no me acuerdo del pan que ella nos dio a mi madre y a mí para evitar que nos muriésemos de hambre; que nos mantuvo y cuidó de nosotras, y que por espacio de dos años y medio casi, sólo le proporcionamos sinsabores, y que además de todo eso nos pagó también una deuda antigua. ¡Si la pobre mamá supiese el daño que me ha hecho! ¡Pero a Dios no se le oculta nada!...

Ha dicho también que sólo por pura estupidez no he sabido asegurarme la felicidad que ella me puso al alcance de la mano, y que no es culpa suya que yo no supiera o no quisiera... pescar un buen marido. Dice que el señor Bukov está en todo su derecho, que verdaderamente no todas las mujeres pueden casarse..., y ¡qué sé yo cuántas sandeces más! Llevo ya dos horas escribiendo esta carta. Yo creía que esa mujer habría reconocido sus culpas y la injusticia que cometió conmigo.

No se preocupe por mi estado; yo no estoy enferma. Sucede que ayer me enfrié un poco en el cementerio de Volkov, cuando fui a oír la misa de réquiem por mi madre.

20 de mayo

Mi querida Várinka: Le envió un par de racimos de uvas, pues son muy buenas para los convalecientes... También deseaba usted un ramo de rosas, y tengo mucho gusto en enviárselo. Por lo

que se refiere a los libros, no me es posible de momento enviarle ninguno. Pero he oído decir que uno de los huéspedes de la casa tiene uno muy bueno; aseguran que se trata de un libro excelente, aunque yo no lo he leído, me lo han ponderado mucho. Es usted tan caprichosa en esa materia, que resulta difícil atinar con su gusto...

Yo me encuentro ahora muy bien. Está usted tranquila sobre el particular. Eso que Fiodora le ha contado esta vez no es enteramente cierto, y debe usted decirle que no está bien que mienta tanto. No es exacto que yo haya vendido la casaca del uniforme nuevo, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza; ¿por qué iba a venderla? No hace mucho oí decir que me iban a asignar una gratificación de cuarenta rublos, y siendo esto así, ¿por qué había de desprenderme de la casaca?

Tenga usted paciencia hija mía, y ya verá como nos va sonreír la vida, pero para eso es preciso, ante todo, que usted disfrute de buena salud; el que esté tan delicada es lo que más me aflige. ¿Quién le ha dicho que yo estoy más delgado? Yo estoy perfectamente bien de salud y contento, y he engordado tanto, que me da vergüenza. Quede usted con Dios.

Makar Dievnschkin

Post Scriptum: ¿Cómo quiere usted, que yo frecuente su casa? ¿A favor de la oscuridad de la noche? Pero eso será cuando vuelvan las noches, pues ahora, en esta época del año, no las hay. Pero yo no me aparté de su lado un instante mientras estuvo enferma, en tanto la fiebre la tenía postrada, sin conocimiento. Mas después suspendí mis visitas por que la gente curiosa empezó a fisionear. Así que tenga un poco de paciencia, y aguarde a estar completamente restablecida, y entonces no nos faltará donde vernos fuera de su casa.

1 de junio

¡Makar Aleksiéyevich! Quisiera poder hacer algo para expresarle a usted mi gratitud por sus desvelos y por el sacrificio que por mí se impone; así que he decidido sacar de mi cómoda ese viejo cuaderno que adjunto le envío.

Me ha manifestado usted tantas veces deseos de conocer mi pasado y tanto me ha rogado que le hablase de mi madre, de Pokrovskii, de mi estancia en casa de Anna Fiodorovna, y le refriese mis recientes desdichas, y con tanta vehemencia expresaba usted el deseo de leer este cuaderno, a cuyas páginas he confiado parte de mi vida, que creo proporcionarle a usted una alegría enviándoselo. A mí, en cambio, me ha dado mucha pena a partir del momento que escribí la última línea, me he vuelto sentir dos veces más vieja. Todas esas notas las he ido escribiendo en épocas distintas. ¡Qué siga usted bien, Makar Aleksiéyevich! A mí por las noches me atormentan los insomnios... ¡Qué convalecencia tan aburrida!

V. D.

Tenía yo catorce años cuando murió mi padre. Fue mi infancia la época más feliz de mi vida. Yo era un poco salvaje, pues no hacía otra cosa que corretear, por el campo y el bosque, o donde se me antojaba, porque nadie se preocupaba de mí. Mi padre estaba siempre ocupado y mi madre tenía hartito que hacer con las faenas de la casa. No me mandaban a la escuela..., de lo que me alegraba no poco.

Creía yo que siempre había de ser igualmente feliz, aunque pasáramos la vida entera en el campo. Tendría yo apenas doce años cuando nos trasladamos a San Petersburgo, ¡cómo lloraba yo al tener que abandonar todo cuanto amaba! ¡Aún recuerdo cómo me abrazaba a mi padre con lágrimas en los ojos! Decía mi

madre que era necesario partir, que así lo reclamaban las circunstancias. Así que nos trasladamos a San Petersburgo, donde residían algunos individuos que le debían dinero a papá..., el cual quería solventar por sí mismo sus asuntos. Llegamos a San Petersburgo en el otoño.

Al llegar a la ciudad nos encontramos, con lluvia, y mucho frío, amén de muchos seres desconocidos que tenían todos ellos una traza hostil y malhumorada. ¡Cuánto ajeteo nos costó el tener, por fin, una casa arreglada!

En torno a la casa sólo había pena y un tedio insoportable. En la ciudad no teníamos parientes ni conocidos. Venían, sin embargo, personas que tenían que tratar con mi padre de negocios. Y cuando aquéllos se iban, mi padre se quedaba siempre triste y de mal talante.

A los tres meses de nuestra llegada a San Petersburgo, me pusieron en una pensión. ¡Era todo tan seco, tan despegado, tan hostil y tan poco atrayente!

Las profesoras regañaban, las compañeras hacían burlas. Todo debía hacerse a horas determinadas y con toda puntualidad. Ni dormir siquiera podía. ¡Cuántas noches largas y tediosas me las pasé en vela, llorando hasta el amanecer! Por las tardes cuando las otras niñas estaban estudiando, yo me quedaba muy tranquila, con el libro delante; pero mi pensamiento volaba hacia mi casa, me acordaba de mis padres y de mi vieja nodriza y de sus cuentos. Y seguía pensando, hasta que la nostalgia me hacía llorar; pero la lección no me entraba en la cabeza.

Yo hice los mayores esfuerzos para aprenderme bien las lecciones, con el fin de darle una alegría a mi padre. Veía yo que él se desvivía por mí, no obstante las preocupaciones, cada vez más graves, que lo atormentaban. Día a día se volvía más triste. Nada le salía bien, todo se le frustraba, y las deudas iban aumentando de un modo espantoso.

Mi madre no se atrevía a llorar, ni siquiera a dejar escapar

una palabra de queja, pues con eso irritaba más aún a mi padre. Cuando, yo volvía de la pensión, sólo encontraba en casa caras tristes. Venían luego las quejas y los reproches. En resumen: que yo tenía la culpa de todo; de todos sus fracasos, de toda su desdicha; las únicas responsables éramos mamá y yo.

Pero mi padre no procedía así porque no nos quisiera, pues, al contrario, nos tenía un cariño desmedido. Eran los desengaños y los fracasos los que le habían agriado el carácter; se había vuelto ahora desconfiado, hasta rayar en la desesperación. Hasta que un día cogió un enfriamiento y murió. Pero apenas hubo muerto mi padre, se presentaron los acreedores a bandadas en nuestra casa. Nosotras les entregamos cuanto teníamos.

Entonces fue cuando por primera vez fue a visitarnos Anna Fiodorovna. Se hizo pasar por una propietaria y nos aseguró ser nuestra pariente cercana. Mamá decía que sí era cierto que estaba emparentado con nosotros, pero que tal parentesco era muy lejano.

Después, tras muchos preámbulos y observaciones, nos hizo ver con toda claridad lo desesperado de nuestra situación por falta de recursos, de protección y amparo, nos instó a compartir con ella su techo, según decía. Mi madre le dio las gracias por su ofrecimiento; pero durante mucho tiempo no se decidió a aceptar, hasta que vio que nos nos quedaba otro remedio.

Era una fría mañana de otoño cuando nos trasladamos. Mamá lloraba. Y yo estaba muy triste. Eran unos tiempos difíciles.

La casa tenía cinco cuartos habitables. Anna ocupa tres de ellos en unión de mi prima Sascha, a la cual, como a una pobre huérfana, había recogido y criado. En la cuarta habitación nos instalamos nosotras, y en la quinta, que estaba contigua a la nuestra se alojaba un pobre estudiante, Pokrovskii, el único que pagaba alquiler por la vivienda.

Anna Fiodórovna vivía muy bien, mucho mejor de lo que

habría parecido posible; pero las fuentes de sus ingresos eran tan enigmáticas como sus ocupaciones. Y, sin embargo, siempre tenía algo que hacer, siempre salía y entraba en la casa muchas veces al día. A toda hora venía gente a visitarla y siempre para hablarle de negocios. Mamá solía retirarse a nuestro cuarto en cuanto sonaba la campanilla. Esto enojaba mucho a Anna y continuamente estaba reprochándole a mamá que éramos muy orgullosas. De papá estaba continuamente diciendo horrores; no podía vivir sin criticarlo.

Transcurrían los días. Con el tiempo se fue apaciguando Anna Fiodórovna al ver su ilimitada superioridad sobre nosotras y que no tenía nada que temer. Por lo demás, nunca nosotras le habíamos llevado la contraria. Pokrovskii le enseñaba a Sascha francés, alemán, historia y geografía; es decir, todas las ciencias, como solía decir Anna, y a cambio de ello le perdonaban el pago de la habitación y la pensión.

Sascha era una chica muy lista y andaba por los trece años; pero era ordinaria y vehemente hasta lo repulsivo. Ultimamente hubo de decirle Anna Fiodórovna a mamá que sería bueno que yo también asistiera a clases con ella, toda vez que en el colegio no había llegado a terminar el curso. A mamá, naturalmente, le alegró mucho la proposición; de suerte que Pokrovskii nos estuvo dando lecciones a las dos por espacio de un año entero.

Con el tiempo le fui conociendo más a fondo. Era el hombre más honrado y más bueno del mundo, el mejor de los hombres que yo hasta entonces conociera. Mamá le apreciaba también mucho.

De cuando en cuando se presentaba en nuestra casa un hombreillo pequeño, mal vestido y sucio, con el pelo canoso, desmañado y torpe en sus movimientos. Siempre que venía a visitarnos se quedaba muy plantado detrás de la mampara de cristales y no se atrevía a entrar de una vez. Cuando por pura casualidad salíamos al pasillo –Sascha o yo– y lo veíamos parado detrás

de la puerta, empezaba a hacer visajes para llamarnos la atención; nosotras le dábamos a entender que podía pasar, abría muy despacio la mampara, después de lo cual se frotaba las manos y se dirigía en puntillas al cuarto de Pokrovskii. Aquel viejito era su padre.

Más adelante tuve ocasión de saber la historia del pobre anciano. Había sido empleado no sé dónde, pero por falta de capacidad no logró pasar de un puesto subalterno. Al morir su primera mujer –la madre de Pokrovskii–, se volvió a casar con una campesina. Desde aquel punto ya no hubo paz ni tranquilidad en la casa; la nueva consorte se puso los pantalones. Pokrovskii a la sazón tenía diez años. El propietario Bukov, que había conocido al padre, se constituyó en el protector del chico y lo puso en el colegio. Su interés en el muchacho radicaba en el hecho de haber conocido a la madre cuando era doncella de Anna Fiodórovna, y por su mediación contrajo matrimonio con el empleado Pokrovskii. El señor Bukov, le regaló a la novia una dote de cinco mil rublos. Por cierto que hasta hoy es un enigma adónde iría a parar todo ese dinero. Al cuarto año de casada pasó la pobre a mejor vida.

De la escuela pasó Pokrovskii a un gimnasio, y de allí a la Universidad. El señor Bukov, que hacía frecuentes viajes a San Petersburgo, no lo abandonó allí, sino que siguió protegiéndolo. Desgraciadamente, por lo delicado de su salud, no pudo proseguir sus estudios, y entonces fue cuando el señor Bukov se lo presentó personalmente a Anna Fiodórovna y le buscó colocación en su casa para que, a cambio de la habitación y la comida, le enseñase a Sascha todas las ciencias.

Pero Pokrovskii, padre, para consolar su dolor por la mala vida que le daba su segunda mujer, se entregó a la bebida, hasta el punto de estar casi siempre borracho. No era todavía muy viejo, pero por efecto de la bebida, se veía muy avejentado.

El único resto de sentimientos nobles que aquel hombre ate-

soraba era el cariño sin límites que le tenía a su hijo. Todas las semanas iba dos veces a verlo. No se atrevía a visitarlo con más frecuencia, porque el hijo no podía aguantar aquellas visitas paternales. Tal desprecio hacia su padre era, sin duda alguna, el mayor defecto del estudiante. Aunque también es cierto que a veces el viejo resultaba sumamente antipático.

Cuando iba a verlo, parecía siempre decaído, agobiado, preocupado y hasta afligido..., probablemente cómo el hijo lo acogería. Por lo general, tardaba mucho rato en decidirse entrar. Y luego que yo lo tranquilizaba, se resolvía, a abrir muy despacio la puerta del cuarto de su Pétinka.

Cuando veía que el hijo respondía a su saludo con un gesto, entonces, penetraba ya resueltamente en la habitación, se quitaba la capa y el sombrero, colgándolos en un clavo. Luego se sentaba con mucho cuidado sobre una silla sin apartar la mirada de su hijo, siguiendo todos sus movimientos. Y si el hijo se dignaba a sentarse a conversar con él, le contestaba en un tono humilde, esforzándose siempre por elegir las expresiones más adecuadas.

Poco a poco fue consiguiendo el hijo, con sus admoniciones y afectuosas reprimendas, apartar al padre de sus malas costumbres, y cuando el viejo se le presentaba tres veces seguidas sereno, le daba a la cuarta veinticinco o cincuenta kopecs, si no más. A veces le compraba ropa. También nos pasaba a ver a Sascha y a mí, trayéndonos tortas de especias o manzanas, y nos hablaba de su hijo. A mamá le era muy simpático el viejito. A Anna Fiodórovna le tenía odio, aunque delante de ella se mostraba “más humilde que la hierba y más tranquilo que el agua”.

No tardé yo en dejar de asistir a las lecciones. Pokrovskii me seguía considerando como una chiquilla mal educada; lo mismo que a Sascha eso me ofendía mucho, pues era verdad que yo había hecho todo lo posible por rectificar mi conducta anterior. Pero inútilmente; él no sabía apreciar. Y eso era lo que más me hería el amor propio y me irritaba.

No sé adónde me hubiera conducido este estado de cosas de no haber venido un incidente casual, que fue lo siguiente:

Una tarde, estando mamá sentada junto a Anna Fiodórovna, me deslicé a hurtadillas en el cuarto de Pokrovskii. Sabía que él no estaba en casa. Era la primera vez que lo hacía, aunque ya llevamos más de un año viviendo pared por medio. El corazón me palpitaba tan fuerte, cual si se me fuera a salir. La habitación no podía ser más sencilla. Sobre la mesa y las sillas había papeles y hojas escritas. ¡Por todas partes libros y papeles! ¡Con qué envidia contemplaba yo un estante lleno de libros hasta el punto de que parecía ir a desplomarse bajo tanto peso!... Lo cierto es que me encaminé muy resuelta al estante, y sin vacilar, cogí el primer libro que se me vino a las manos.

Pero cual fue mi decepción cuando ya estaba en mi cuarto, abrí aquel libro hurtado, estaba escrito en latín. Cuando me disponía a ponerlo de nuevo en su sitio, escuché que se abría y cerraba la mampara del corredor, el rumor de pisadas sonaba cada vez más cerca; yo ponía todo mi empeño en colocar el libro en su sitio, cuando el estante se quebró.

Debo advertir que él no podía tolerar que nadie anduviese en sus cosas. Se pueden imaginar, cuál sería su indignación al ver rodando por el suelo todos sus libros, grandes y pequeños, confundidos unos con otros. ¡Estoy pérdida! ¡Soy torpe como una chica de diez años, soy una idiota!

Pokrovskii se encolerizó tremendamente.

—¡Sólo esto faltaba! —exclamó iracundo—. ¿No le da a usted vergüenza, señorita? ¿No tendrá usted nunca juicio?

A todo esto, se había puesto a recoger los libros. Yo también me incliné para ayudarle, pero él me lo prohibió.

—¡No hace falta, no hace falta; déjelo! ¡Mejor haría usted no metiéndose donde no la llaman!

Mi silenciosa, intención de ayudarle, que delataba acaso la conciencia de mi culpa, pareció, no obstante, amansarlo un poco.

Días después cayó mamá gravemente enferma. A la tercera noche aumentó la fiebre y empezó a delirar. Yo llevaba ya una noche sin dormir, y estaba sentada junto a su cama para darle de beber y administrarle los medicamentos a las horas indicadas por el médico. La habitación estaba a oscuras; se había apagado la lamparilla. Me levanté tambaléandome de la silla y lancé un leve grito; en el mismo instante se abrió la puerta y Pokrovskii entró en la habitación.

Sólo recuerdo ahora que me desperté en sus brazos. El me acomodó en una silla, y me dio de beber; me hizo unas preguntas con aire preocupado:

—¿Está usted enferma señorita? ¿Tiene usted fiebre?, acuéstese y duerma. Yo la despertaré de aquí a dos horas.

El agotamiento había dado cuenta de mis energías. Los ojos se me cerraban de puro débil. Así, que me acosté, con el propósito de no dormir más de media hora. Pokrovskii me despertó justamente a la hora de darle a mamá la medicina.

A partir de él me asaltan recuerdos tristes y graves, y empieza la historia de mis días nublados. Quizás por esto me parece como si mi pluma empezara a resbalar más reacia, cual si empezase a sentirse cansada y no quisiese llevar más adelante el relato. Por eso he contado con tanta minuciosidad y con tanto amor todos los pormenores de cuanto hubo de acaecerme en aquellos días felices de mi vida. ¡Qué breves fueron aquellos días! En seguida vinieron las penas, penas hondas, y sólo Dios sabe cuándo mis tristezas podrán ya tener fin.

Mi desdicha empezó con la enfermedad y muerte de Pokrovskii.

Habrían transcurrido dos meses de su cumpleaños, cuando cayó enfermo. En aquellos dos meses se había desvivido el pobre por buscarse una colocación que pudiera asegurarle la existencia, pues hasta entonces no tenía ninguna. Como todos los tuberculosos, se hacía la ilusión de que iba a vivir mucho, ilu-

sión que no lo abandonó hasta el último instante. Y siempre volvía a casa cansado, mojado por la lluvia, hasta que finalmente hizo tales progresos su enfermedad, que tuvo que quedarse en cama para no levantarse más... Murió en las postrimerías del otoño, a fines de octubre.

De su sepelio se encargó Anna Fiodórovna, la cual mandó comprar un féretro muy sencillo y alquilar un coche fúnebre. Pero para resarcirse de los gastos incautóse Anna de todos los libros y objetos de su propiedad.

A la misa de réquiem en la iglesia no asistieron mi madre que estaba aún enferma, ni Anna Fiodórovna, que ya estaba vestida para salir, pero se enredó en una discusión con el viejo Pokrovskii, por lo que decidió quedarse en casa. Durante la misa me acometió una congoja inexplicable, cual vago presentimiento de lo que me reservaba el destino.

Yo me volví a casa. Temblando de dolor, me arrojé en los brazos de mi madre. La estreché fuerte contra mi pecho, la besé y de pronto rompí a llorar. Me pegaba angustiosamente a la única criatura que todavía me quedaba, como mi último consuelo, cual si la hubiese querido retener para siempre, a fin de que la muerte no pudiera arrebatármela.

Pero la muerte se cernía ya sobre mi pobre madre.

11 de junio

¡Cuánto le agradezco a usted, Makar Aleksiéyevich, nuestro paseo de ayer por las islas! ¡Hacía tanto tiempo que no veía yo céspedes ni árboles..., todo el tiempo que estuve enferma, y pensaba que iba a morirme!

No se enfade usted porque me mostrase triste. Me siento muy bien y muy alegre; pero en mis mejores instantes está escrito que tenga yo algún motivo de tristeza: así me ocurre siempre. Yo misma no sé por qué tengo siempre que llorar. Soy, lo com-

prendo, de una excitabilidad morbosa; todas las impresiones que experimento me resultan morbosamente violentas. El cielo claro y sin nubes, la puesta del sol, el silencio vespertino..., todo eso..., en suma: que yo me encontraba ayer en una disposición de espíritu como para que todo hiciera en mí una impresión triste y torturante, hasta el punto de desbordármese en seguida el corazón y mi alma derramar lágrimas. ¿Por qué le escribo todo esto? Puede que usted me comprenda...

¡Dolor y alegría! Pero ¡qué bueno es usted, Makar Aleksiéyevich! Ayer me miraba usted a los ojos cual si quisiera leer en ellos lo que yo sentía, y era usted feliz con verme tan contenta. Por esto le quiero yo tanto.

Pero tengo que despedirme aquí. Ayer me mojé los pies y he cogido un enfriamiento. Fiodora no está muy bien del todo..., no sé lo que tiene. De modo que estamos las dos enfermas. No me olvide usted y venga a vernos con más frecuencia. Su

V. D.

12 de junio

¡Palomita mía, Varvara Aleksiéyevna! Yo imaginaba, que iba usted a describirme en términos poéticos nuestra excursión de ayer, y resulta que sólo me envía una carta de una carilla.

Pero no quiero censurarla. La naturaleza, las distintas sensaciones que a la vista del paisaje experimentó..., todo eso, con una sola palabra, ha sabido usted describírmelo breve, pero admirablemente. Yo, en cambio, no tengo ni pizca de talento para describir cosa alguna.

Me dice usted que yo soy bueno, incapaz de hacerle al prójimo el menor daño y que sé apreciar bien las bondades del divino Creador, que hallan su expresión en la naturaleza, y me honra usted, además, con otras diversas lisonjas... Todo eso que usted

dice es verdad, pues realmente soy como me pinta, y no se me oculta a mí; y me alegro mucho cuando veo que alguien describe del modo que usted lo hace, sin querer me pongo alegre...; pero luego, se me ocurren pensamientos graves de toda índole. Pero escúcheme usted, que quiero contarle algo.

Empezaré remontándome a la época en que yo sólo contaba con diecisiete años, que fue cuando ingresé en la burocracia oficial; pronto se cumplirán treinta años de mi actuación como funcionario. En todo ese tiempo ha de saber que he gastado muchos trajes de uniforme, he vivido y adquirido experiencia..., y hasta una vez quisieron proponerme una condecoración: pensaron concederme una cruz en premio a mis servicios. Pues verá usted, que en este mundo hay de todo: personas buenas y malas.

Pero tenga usted en cuenta lo que voy a decirle: yo soy un hombre inculto, hasta estúpido, si usted quiere. ¿Sabe usted, lo que me han hecho sufrir los malos prójimos en la oficina? Yo no les resultaba de su gusto, y así, siempre me echaban a mí la culpa de todo lo malo que pasaba en la oficina. Habían llegado al extremo de convertir el nombre de “Makar Aleksiéyevich”, en sinónimo de todo lo malo.

Pero, después de todo, ¡qué hemos de hacer! Yo sé que no hago nada de extraordinario cuando me siento a mi mesa en la oficina y me pongo a copiar minutas. ¿Qué tiene esto de deshonoroso? Mi letra es perfectamente clara y... Su Excelencia el ministro, está muy contento conmigo. Siempre quiere que le copie los documentos que se le han de llevar a la firma.

Así que yo sé muy bien que soy necesario, mejor dicho, imprescindible. Yo me comparo con un ratoncillo, si usted cree que tengo con él alguna semejanza. Pero este ratoncillo es necesario, y a este ratoncillo por último, le han prometido una gratificación... ¡Ya ve usted qué idiota soy!

¡Adiós hijita mía! Ya iré, seguramente a visitarla, para ver cómo les va a ustedes y qué hacen. No se aburra demasiado

hasta entonces. Yo le llevaré un libro. ¡Qué se conserve bien, Várinka!

¡De todo corazón le desea toda clase de dichas su

Makar Dievuschkin

20 de junio

¡Mi muy estimado Makar Aleksiéyevich! Le escribo a la carrera, pues dispongo de muy poco tiempo..., tengo que terminar un trabajo para una fecha fija.

Voy a decirle, sin ambages, de qué se trata: se ha presentado una buena ocasión de compra. Dice Fiodora que un conocido suyo tiene un uniforme casi nuevo, pantalones, casaca y gorra, según ella, a muy bajo precio.

Le están haciendo mucha falta. ¡No tiene usted más que mirarse al espejo, y verá qué viejo está ese traje que lleva puesto! Está todo lleno de manchas. Y a mí me consta que no tiene ningún traje nuevo, por más que usted asegure que lo tiene.

Usted me ha regalado ropa blanca. Y debo decirle, Makar Aleksiéyevich, que se está excediendo. Va usted a arruinarse, no se lo digo en broma. ¿Cómo puede usted derrochar de ese modo? ¡Yo no necesito ya nada! Me consta que usted me quiere, por lo cual resulta superfluo el que usted trate de demostrarme, regalo tras regalo, la verdad de ese cariño. ¡Así que terminantemente le digo que no me envíe usted más regalos! ¡Se lo suplico, se lo imploro!

Me pide usted que le envíe la continuación de mis apuntes, y dice que debo terminarlos. ¡Dios mío, si yo misma no sé como pude escribir tanto en ese cuadernillo! No quiero volver a fijar en él mi pensamiento. Les tengo miedo a esos recuerdos. ¡No tengo sosiego para pensar, y no obstante haber transcurrido ya un año entero de esas cosas, aún no he logrado recobrar la serenidad!

Le he comunicado a usted ya también los presentes diseños de Anna Fiodórovna. Dice que estoy viviendo de limosnas y que he emprendido un mal rumbo. Yo estoy aquí muy bien bajo su protección de usted y al lado de mi Fiodora. Pero usted no es sino un pariente remoto mío, lo cual no es obstáculo para que me mire y me sirva de escudo con su nombre y su buena fama. Dice Fiodora que todo eso es hablar por hablar y que acabarán por dejarme en paz y en gracia de Dios. ¡Ojalá sea así!

V. D.

21 de junio

¡Palomita mía! Siento impulsos de escribirle; pero no sé... ¡por dónde empezar!

¡No es notable cómo los dos vivimos ahora! ¡Exactamente parece que me ha gratificado Dios con un hogar y una familia! Jamás hasta ahora experimenté yo nada semejante. Estoy viviendo ahora otra vida, muy diferente de la anterior.

En primer lugar, una vida entre dos, si me es lícito decirlo así, ya que la tengo a usted tan cerca, lo que es para mí una gran alegría. Y en segundo lugar, mi vecino de cuarto, Ratasayev –ese empleado en cuya habitación se celebran veladas literarias– nada menos, me ha invitado también hoy al té. He de advertirle que hoy se celebra en su cuarto una de esas reuniones y en ellas se leerá algo de literatura.

Ya le he escrito bastante, sólo para hacerla participe de mi bienestar. Usted me mandó decir con Teresa que necesitaba seda de color para sus bordados; pues esté tranquila, que yo se la compraré, que la tendrá mañana mismo, si tanta prisa tiene. Ya sé dónde se puede encontrar de la mejor.

Su sincero amigo,

Makar Dievuschkin

25 de junio

Querida Varvara Aleksiéyevna: Estas líneas sólo tienen por objeto comunicarle que ha ocurrido en nuestra casa algo sumamente triste. Esta mañana, a las cinco, pasó a mejor vida el hijo pequeño de los Gorschkov. No sé si de viruelas o, ¡vaya usted a saber!, quizá de escarlatina. Yo he visitado hoy a sus padres. ¡Ah hijita, si viera en qué pobreza viven! Aunque, después de todo, no hay que maravillarse de ello; toda la familia está recogida en una sola habitación, que sólo por decoro han dividido un poco mediante un biombo.

Ahora todavía tienen allí con ellos el féretro del pequeño. El muertecito tenía nueve años. ¡Me da mucha pena, ver su cuerpecito inanimado, Várinka! La madre no llora, pero está la pobre muy triste. Puede que represente para ellos un alivio el verse libres de una boca; pero todavía les quedan dos que alimentar: un niño de pecho y una nenita de unos seis años.

El padre de este niño está envuelto en un traje viejo y sucio, sentado en una silla medio desvencijada. Las lágrimas le corren por sus mejillas, quizás no por efecto del dolor, sino sólo de la costumbre; pero sea como fuere, los ojos le lloran.

¡Qué triste es todo esto!, ¿verdad, Várinka?

Suyo,

Makar Dievuschkin

25 de junio

Mi inapreciable Makar Aleksiéyevich: le devuelvo a usted su libro. ¡Qué cosa tan pesada! ¿Dónde encontró usted esa joya? Bromas aparte... Usted me prometió hace un par de días buscarme algo para leer. Yo también puedo compartir los libros con usted, si usted quiere.

V. D.

26 de junio

Querida Várinka: Le confieso sinceramente, que yo no había leído ese libro. A decir verdad, lo hojeé por encima, para comprender que se trataba de algo disparatado pero me dije: “Será un libro chistoso, y puede que le agrade a Várinka”. Y sin pensar más, lo cogí y se lo envié.

Pero ahora me ha prometido Ratasayev darme a leer algo verdaderamente interesante. De modo que dispóngase usted a recibir buenos libros. Yo asisto ahora con toda regularidad a sus veladas literarias.

La literatura entraña una cosa bella, Várinka, algo muy hermoso. ¡Y al mismo tiempo una cosa profunda! Fortifica y corrobora e ilustra a los hombres. La literatura... viene a ser una pintura, en cierto sentido, claro está; un cuadro y un espejo; un espejo de las pasiones y de todas las cosas íntimas; es instrucción y edificación a un mismo tiempo, es crítica y es un gran documento humano. Todo esto se lo he oído decir a los contertulios de Ratasayev y lo he deducido también de sus conversaciones. Yo estoy sentado entre ellos, y por más que uno durante toda la velada esté pensando en el modo de intercalar una palabrita en la conversación general, no siempre puede lograrlo. Parece que está uno embrujado, Várinka, y acaba por inspirar lástima a sí mismo, aplicando el refrán que dice: “Tonto nació y tonto morirá”.

¿Qué hago yo ahora en mis ratos de ocio?... Pues dormir, dormir como un borrico pero en lugar de ese dormir inútil podía emplear mis horas libres en algo agradable o provechoso, como, por ejemplo, sentarme a la mesa y ponerme a escribir esto o lo otro. Para utilidad y edificación, y aun por gusto de uno mismo. Por ejemplo, sin ir más lejos, este mismo Ratasayev, ¡hay que ver lo que trabaja! ¿Qué es para él garrapatear un pliego entero? ¡Muchos días ha llegado a escribirse cinco, y cobra, según dice, trescientos rublos por pliego!

Pero no para ahí la cosa. Tiene él, un cuadernillo de poesías; bueno, un par de rengloncitos nada más...; pues siete mil rublos le van a pagar por el cuadernillo, ¿qué piensa usted? Eso representa un capital; significa el tanto por ciento de una casa de cinco pisos. Cinco mil rublos dice él que le han ofrecido ya, pero él dice que no cede, que ya ellos tendrán que conformarse y abonarle los siete mil rublos.

Mire, hija mía: ya que estamos hablando de esto, voy a copiarle a usted un pasaje de las *Pasiones Italianas*. Tal es el título de una de sus obras. Lea usted y luego juzgue, Várinka:

...Vladimiro se aproximó; ardían en su interior las pasiones y su sangre le hervía.

—¡Condesa —exclamó—, condesa! ¿Sabe usted qué espantosa es esta pasión, qué ilimitado este delirio? ¡No, no me engañan mis sentidos! ¡Yo amo, amo con todo entusiasmo, de un modo loco, delirante! ¡La sangre toda de tu esposo no bastará a apagar la hervorosa pasión de mi alma! ¡Estos pequeños obstáculos son incapaces de contener en su torrente de llamas el fuego destructor, infernal, que arde en mi pecho desolado! ¡Oh Sinaida, Sinaida!...

—¡Vladimiro!... —murmuró la condesa, desvaída; y dejó caer la cabeza en su hombro.

—¡Sinaida! —exclamó Smelski fuera de sí, y de su pecho escapóse un sollozo.

En el altar del amor brotó clara la llama y rodeó las almas de los amantes. ¡Vladimiro! —murmuró la condesa. Alzábase su pecho, teñíanse de púrpura sus mejillas, brillaban sus ojos.

¡Habíase cerrado el nuevo y espantoso pacto!

Al cabo de media hora entró el viejo conde en el tocador de su esposa.

—Pero, corazón mío, ¿cómo es que no se ha preparado todavía el samovar para nuestro querido huésped? —preguntó, acariciándole las mejillas, a su esposa.

Dígame, ¿qué le parece esto? ¿No es verdad que es un poquito libre?... No es posible negarlo; pero al mismo tiempo, ¡qué

bien escrito está! Pero, tengo que copiarle un pasaje del cuento titulado *Jermak y Zuleika*. Imagínese usted, hijita, que el cosaco Jermak, el osado conquistador de la Siberia, se halla enamorado de Zuleika, la hija del caudillo siberiano Kuchum, al que ha tomado prisionero. La acción se desarrolla en la época en que reinaba Iván el Terrible..., como usted verá:

—¿Me amas, Zuleika? ¡Oh, repítemelo, repítemelo!...

—¡Te amo, Jermak! —dijo Zuleika.

—¡Cielo y Tierra, gracias! ¡Soy feliz! ¡Me habéis dado todo aquello por lo cual luchó desde la infancia mi violento espíritu! ¡Y tú, estrella que guías mis pasos, me trajiste hasta aquí por encima del pétreo cinturón del Ural! ¡Al mundo todo le mostraré mi Zuleika, y los hombres, esos monstruos salvajes, no osarán acusarme! ¡Oh, si ellos pudieran comprender las secretas torturas de su tierna alma; si, cual yo, supiesen contemplar, en una lágrima de mi Zuleika, un mundo entero de poesía! ¡Oh, déjame que enjuncie con mis besos esa lágrima, esa gota de celestial rocío!... ¡Oh celestial criatura!

—Jermak —dijo Zuleika—, el mundo es malo, los hombres son injustos. ¡Nos perseguirán y nos juzgarán, amor mío! ¿Qué irá a ser de una pobre muchacha como yo, criada en los nevados campos de Siberia en la choza de su padre, allá en ese mundo tuyo, frío, glacial, despiadado y egoísta? ¡Los hombres no habrán de entenderme, amado mío!

—¡Pues tendrán que encendérselas con el sable del cosaco! —exclamó Jermak, volviendo a uno y otro lado sus airados ojos...

Ahora, Várinka, imagínese usted a ese mismo Jermak al saber que le han asesinado a su Zuleika. El viejo Kuchum, a favor de la oscuridad de la noche, se ha deslizado durante la ausencia de Jermak en su tienda, y dado muerte a su hija Zuleika con el fin de vengarse de Jermak, que le ha arrebatado cetro y corona:

—¡Qué gusto afilar la espada —exclamó Jermak poseído de salvaje anhelo de venganza, y aplicó el acero a la piedra de los chamanes—. ¡He de ver sangre, sangre! ¡Debo vengarla, vengarla, vengarla!

Pero, a pesar de todo, no puede Jermak sobrevivir a su Zuleika, de suerte que se arroja al Irtusch y se ahoga, con lo que el relato termina.

Debo decirle que Ratasayev posee unos modales excelentes, y acaso sea una de las razones de que resulte un escritor tan por encima de los demás.

Le escribo todo esto para distraerla, Várinka. Le envió una oncita de dulces, que los he comprado especialmente para usted, y piense en mí cada vez que coja uno.

Quede ya con Dios. Consérvese bien.

Makar Dievuschkin

27 de junio

Querido Makar Aleksiéyevich: Dice Fiodora que ella conoce personas que en mi situación podrían ayudarme mucho, y que si yo quisiera podrían encontrarme una colocación muy buena como ama de llaves en alguna casa. ¿Qué le parece a usted, amigo mío? ¿Debo dar ese paso? Pero de otra parte me angustia un poco la idea de tener que entrar al servicio de una gente extraña. Dicen que se trata de una familia de propietarios rurales. Suponiendo que quieran pedirme informes acerca de mi pasado, ¿qué deberé decirles? ¡Y sobre todo con lo huraña y lo amiga de la soledad que yo soy! Además, tendría que viajar para trasladarme a las posesiones de la referida familia y Dios sabe para qué me querrían utilizar: ¡puede que me pusieran a cuidar de los niños! Y ¿qué clase de gente serán cuando hasta la fecha, y van dos años, han cambiado ya tres veces de ama de llaves? Aconséjeme usted, Makar Aleksiéyevich por lo que más quiera.

¿Por qué no viene usted ya a vernos? Fuera de los domingos en la iglesia, el resto de la semana apenas nos vemos. Yo suelo sentir una gran tristeza cuando estoy sola. A veces sobre todo en

el crepúsculo, me quedo muy sola; Fiodora ha salido a comprar algo y aquí me tiene usted piensa que te piensa..., recordando todo eso que en otro tiempo fue, surgen ante mis ojos las caras conocidas, siendo la más frecuente la de mamá. Siento que mi salud está quebrantada. ¡Al levantarme esta mañana de la cama, me sentí muy mal, y, además no se me quita la dichosa tos! Presiento lo sé, que no he de vivir mucho. ¡Dios mío, qué triste es la vida, Makar Aleksiéyevich!

Amigo mío, ¿por qué me envía siempre dulces? No comprendo verdaderamente de dónde saca usted ese dinero, ¡por lo que más quiera, ahorre! Fiodora ha encontrado comprador para el tapiz que yo he confeccionado. Me dará por el quince rublos. A Fiodora le corresponderán tres rublos, y yo me compraré una tela sencilla para hacerme un traje.

Fiodora me ha procurado un libro... *Los cuentos de Bielkin*, que adjunto le envió para que usted también lo lea. Sólo que le ruego se dé un poco de prisa y no lo retenga mucho tiempo, pues no es mío. Es una obra de Puschkin. Hace dos años lo leía yo en compañía de mamá..., así que ha suscitado en mí ahora tristes recuerdos al leerlo por segunda vez.

¡Pero quede usted con Dios! ¡Hay que ver cuánto he garrateado esta vez! Esta es la mejor medicina; en seguida me siento más aliviada, sobre todo cuando puedo dar salida a todo lo que tengo en el corazón.

¡Adiós, adiós, amigo mío! Suyas,

V. D.

28 de junio

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: ¡Basta ya de tristezas! ¿Cómo puede entregarse a esos pensamientos? Pero yo conozco esa cabezita suya; por la menor causa ya está empezando otra vez a

entristecerse, preocuparse y usted se atormenta con pensamientos de toda índole.

¡Pero aunque sólo fuese por mí, debería usted poner término a esos desvaríos, Várinka!

¿Servir a gente extraña? Eso nunca. No, hijita; usted no me conoce bien; yo no he de consentir eso jamás en la vida; me opondré a ese proyecto con todas mis fuerzas.

¡Esas son locuras, nada más que locuras!

Y ¿qué sería de mí, dónde me deja usted? Corazoncito mío, es preciso que se quite usted eso de la cabeza. Cosa usted o lea, haga usted según le plazca, con tal que no nos abandone.

Yo pasaré a verlas a ustedes, y muy pronto; pero entre tanto permítame que se lo confiese con toda franqueza: ¡eso no ha estado bien en usted!

Pero adiós, hija mía; hoy no le escribo más; tengo que copiar una cosilla y debo apresurarme.

No deje usted, hijita, de hacer algo por tranquilizarme.

Dios la proteja, tan seguramente como yo soy su fiel amigo.

Makar Dievuschkin

Post Scriptum: Gracias por el libro también nosotros leemos a Puschkin. Pero esta tarde voy sin falta a verla.

(Sin fecha)

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Lo he pensado bien y visto claro que haría muy mal dejando escapar una colocación tan ventajosa. Allí, por lo menos, puedo ganarme con toda seguridad el pan de cada día. Cierto que es difícil y amargo eso de vivir entre extraños, plegarse en todo a lo que ellos quieran, y depender de ellos en todo; pero de fijo no habrá de faltarme la ayuda de Dios.

No está bien que yo siga aquí, siendo una carga para usted y Fiodora. Sólo pensarlo es para mí un tormento. Se lo digo a usted francamente, porque estoy acostumbrada a no ocultarle ningún secreto. Yo sé muy bien, amigo mío, que hace usted más de lo que puede. Usted me escribe que antes se quedaría sin nada que consentir que yo pasase alguna necesidad. Lo creo, amigo mío; sé que tiene usted un gran corazón. Ahora quizá tenga usted dinero de sobra, puede que haya recibido una gratificación inesperada. Pero ¿y luego? Usted ya sabe que yo siempre estoy enferma. No puedo trabajar como usted, aunque de buena gana querría, y, además, no siempre se encuentra trabajo. ¿Qué hacer? ¿Sufrir y atormentarme, mientras dejen que usted y Fiodora cuiden de mí, y yo me voy sin hacer nada? ¿Qué le he hecho yo de bueno? Yo sólo he hecho una cosa: quererle de todo corazón; pero esto es todo lo que puedo hacer. ¡De nuevo me persigue mi cruel destino! Sé amar..., pero hacer bien, corresponder a sus beneficios con mis actos no me es posible. Así que no me retenga usted, piense usted detenidamente en mi proyecto y dígame luego con toda sinceridad lo que opina.

Esperándolo así, quedo suya,

V. D.

1 de julio

¡Desatino, Várinka; todo eso no es más que un desatino, un puro desatino! En cuanto se abandona usted a sí misma, ¿qué cosas no se le meten en su cabecita? Nosotros la queremos a usted, y usted nos quiere a nosotros, y todos estamos contentos y tan a gusto... ¿Por qué se empeña en irse a vivir entre gente extraña? ¿Sabe usted lo que quiere decir eso de gente extraña? Pues pregúntemelo a mí, que yo..., yo conozco muy bien a los extraños, y puedo decirle a usted cómo son. Todo ser ajeno es malo, Várinka;

sí, muy malo; tan malo, que el corazón que uno tiene no puede contenerse: hasta tal punto el prójimo sabe martirizarlo a uno con reproches y reconvenciones y miradas de enojo. Entre nosotros, por lo menos, disfruta usted de tibieza y bondad, y vive recogida como en un nido. ¿Qué será entonces de mí sin usted? ¡Sepa usted, Várinka, que me es muy útil! ¡Usted ejerce, ya lo sabe, un influjo bienhechor sobre mí...! Por ejemplo, vea usted: acordarme de usted y ponerme de buen humor, es todo uno... Y ¿qué voy a hacer yo sin usted, a mis años; para qué voy a servir yo entonces?

Quizá no haya usted pensado en esto, Várinka; pero piénselo usted y pregúntese a sí misma para qué voy a servir yo sin usted. Me he acostumbrado a usted, Várinka. Y ¿qué sería de todo esto, en qué pararía este cariño?... Pues en que me arrojaría de cabeza en el Neva y se acabó la historia.

Le devuelvo su libro, y si desea saber mi opinión sobre él, sólo le diré que en toda mi vida he leído libro tan excelente. De suerte que me pregunto cómo he podido vivir hasta aquí hecho un verdadero zopenco. ¡Dios me perdone! Resulta, hija mía, que no sé nada de nada. Se lo confieso francamente, no tengo cultura. He leído hasta ahora poco, por no decir nada. *La imagen del hombre*, que es un buen libro; *La grulla de Ibico* y *Del niño que tocaba varias piezas de música con campanas*. Ahí tiene todas mis lecturas. Pero ahora, he leído *El inspector*, y sólo puedo decirle, que se da el caso de que uno esté en el mundo y no sepa que tiene al alcance de la mano un libro en el que se describe toda una vida con todos sus detalles. Pero vea usted, además por que le he tomado cariño a su libro; muchas obras hay que, por muy notables que sean, se pone uno a leerlas y no saca la menor sustancia. Yo soy torpe por naturaleza; así que no puedo leer ninguna obra demasiado profunda. Pero ésta que le digo la lee uno y le parece como si la hubiera escrito uno, ni más ni menos que si le hubiese brotado del corazón. Yo mismo no tendría ninguna dificultad en

escribir así, de veras. ¿Por qué? Porque yo siento exactamente las mismas cosas que ese libro dice. También me he encontrado a veces en la mismísima situación que ese Samson Vyrin. ¡Cómo se emborrachaba cuando la desgracia cayó sobre él, y cómo se pasaba el día entero durmiendo, y cómo hacía para ahuyentar las penas con un ponche, y cómo rompía a llorar, de modo que tenía que enjugarse con su sucio forro de piel las lágrimas cuando se acordaba de su pobre cordera extraviada, de su hija Duniaschal

También he hablado con Ratasayev de *El inspector*, Ratasayev dice que todo eso está ya viejo, y que ahora sólo se publican libros con ilustraciones y descripciones...; no sé a punto fijo, pues no lo entendí bien. Pero él puso fin a sus apreciaciones diciendo que Puschkin no está mal, y que cantó la sagrada Rusia, y no sé que otras cosas más. Sí; eso está bien, Várinka; pero que muy bien; vuelva usted a leer el libro atentamente; siga usted mi consejo, y haga feliz a este pobre viejo con su obediencia. ¡Dios se lo recompensará, de fijo se lo recompensará Dios!

Su fiel amigo

Makar Dievuschkin

7 de julio

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Vuelvo a coger el hilo de nuestra conversación de ayer donde la dejamos... Sí, hija mía: también uno ha hecho en sus tiempos sus correspondientes locuras.

¡Y estuve antaño enamorado hasta morir de una cómica! En aquel tiempo vivíamos cinco chicos jóvenes, pared por medio. Yo me incorporé a sus tertulias espontáneamente. Y ¡qué cosas me contaban de esa actriz! Todas las noches que había función, allá se iba toda la tropa, y diz que para las cosas necesarias nunca teníamos un céntimo... A gallinero, y todos sus aplausos y ovaciones eran exclusivamente para aquella actriz.

No sé como fue, que me encontré sentado, como ellos, en el gallinero. Tenía ella una linda voz, clara, dulce, como de ruiseñor. Nosotros aplaudíamos hasta dejar nuestras manos moradas, y no nos cansábamos de gritar; en una palabra, que nos tenían que coger por el pescuezo, y echarnos de allí para que nos fuéramos.

Yo volví a casa. En el bolsillo sólo me quedaba un rublo, y de allí a primeros de mes faltaban aún sus buenos diez días. Y ¿qué cree usted que hice? Pues al día siguiente, al dirigirme a la oficina, entré en una perfumería y me gasté todo mi capital en perfumes..., sin saber yo mismo para qué quería aquello. Además esa tarde no comí, sino que fui a rondar su casa, al pie de sus balcones. Vivía la actriz en la Nevskii, en un cuarto piso. Después me volví a casa, descansé un rato, tomé un refrigerio, y regresé a la Nevskii para ponerme otra vez a rondar sus balcones. Así me pasé medio mes.

¡Conque ya ve usted lo que una cómica estuvo a punto de hacer de un hombre morigerado! Pero ¡hay que tener en cuenta que entonces era yo un joven, Várinka; un jovencito!...

M.D.

8 de julio

Le devuelvo, mi querida Varvara Aleksiéyevna, el librito que tuvo la atención de enviarme. Al mismo tiempo, quiero tener una explicación con usted. No está bien, eso de que me haya colocado en situación tan apurada.

Permitame usted, que le diga que a todos los hombres les parece que deben a Dios su condición social. El uno ha nacido para lucir los entorchados de general; el otro, para ser literato... ; aquel otro, para mandar. Así es la realidad, y eso responde a las facultades humanas; éste tiene aptitud para tal cosa; para tal otra; pero esas aptitudes es Dios quien las da.

Yo llevo ya treinta años de servicio en la oficina. Cumplo mi deber con escrupulosidad; procuro siempre ser modesto, y jamás he incurrido en falta alguna. Como ciudadano y como persona humana, me tengo fundadamente por un hombre, con sus correspondientes defectos y sus correspondientes virtudes.

En esto se basa el mundo, hijita: en que siempre hay uno que manda a los demás, y les tira de las riendas... A no ser por esa medida de precaución, no podría el mundo subsistir un momento siquiera, pues ¿qué sería del orden?

La gente se esconde, se oculta, se acoquina, tiene miedo, incluso, de asomar la nariz, por temor a la burla, porque se sabe que todo cuanto en el mundo existe puede prestarse al libelo. Anda, saca a relucir en letras de molde toda tu vida, así la oficial como la doméstica; que todo se publique y se lea y provoque risas. ¡Ya no es posible dejarse ver por las calles! Si siquiera al final el autor hubiera variado algo la cosa, quiero decir que, por ejemplo, que el tal héroe fue siempre un ciudadano honrado y virtuoso; que era obediente con los superiores y cumplía concienzudamente sus deberes (aquí hubiera podido intercalar el autor un ejemplo); que jamás deseó a nadie nada malo, y que creía en Dios y que al morir (si es que irremisiblemente tenía que morir) le lloraron todos...

Sí; yo, por ejemplo, así lo hubiera hecho, pues así como está escrita..., ¿qué tiene de particular ni de bella la novela? ¡Se reduce, sencillamente, a un ejemplo de la humilde vida cotidiana! Y ¿cómo ha podido usted decidirse a enviarme a mí semejante libro? ¡Es un libro maligno, un libro perjudicial, como usted lo oye, Várinka! ¡Es, sencillamente, infiel a la verdad, pues es totalmente imposible que en parte alguna pueda encontrarse un empleado como ése! ¡No; tengo que quejarme, Várinka; tengo que quejarme sencilla y expresamente!

Su seguro servidor,

Makar Dievuschkin

27 de julio

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Su carta y los últimos acontecimientos me han llenado de susto, tanto más cuanto que a lo primero no acertaba a explicarme de qué se trataba..., hasta que Fiodora me lo contó todo. Pero ¿por qué ha de desesperarse usted hasta ese extremo y sobresaltarse por semejante causa? Sus explicaciones no me han satisfecho, Makar Aleksiéyevich, en absoluto. ¿Ve usted ahora cómo tenía yo razón al insistir en aceptar aquella colocación tan ventajosa?

Yo sabía muy bien hasta qué punto le debía gratitud, aunque usted me aseguraba que sólo gastaba en mí lo superfluo; que, de otra forma, lo hubiera guardado en la gaveta...

Pero ahora que ya sé que usted no tiene ningún dinero guardado; que usted, al enterarse de mi triste situación, sólo por piedad y lástima, decidió gastar en mí el sueldo, que, además, pedía por adelantado, y que durante mi enfermedad llegó usted incluso a vender sus ropas de vestir...

Ahora me encuentro en un trance sumamente difícil, hasta el punto de no saber cómo interpretar lo ocurrido ni qué pensar de todo ello.

En los últimos tiempos no dejé de notar, naturalmente, que estaba usted abatido; pero aunque yo misma, asaltada de presentimientos, sospeché algo malo, pero no podía ni remotamente figurarme lo que ahora sucede.

Pero ¿hasta ese punto ha podido usted perder el juicio? ¿Qué diran de usted las personas que lo conocen?

¡No sé lo que pasó por mí al contarme Fiodora que lo habían encontrado ebrio en la calle y que la Policía había tenido que conducirlo a su casa! Yo me había figurado algo como eso, puesto que llevaba usted cuatro días sin aparecer.

Me trae también muy inquieta ese otro lance suyo con aquel oficial... No he podido enterarme bien, sólo por un ru-

mor cogido al vuelo. Le ruego me explique en qué paró la cosa.

Me escribe usted que teme comunicarme la verdad, pues quizá se expone con ello a enajenarse mi cariño y que durante mi enfermedad, desesperado, lo vendió usted todo para poder sufragar los gastos y evitar que me llevaran a un hospital.

Pero, al ocultarme a mí todo eso, hacía usted lo peor que pudiera hacer. Usted quería evitarme el saber que era yo la causa de sus apuros; pero ahora, con decírmelo, me causa usted doble pena. Todo esto casi acaba conmigo, Makar Aleksiéyevich.

Yo le he proporcionado a usted un gran contratiempo el cual nunca lo habría querido en toda mi vida. Esto me atormenta lo indecible.

Tranquílcese usted si le es posible. No hablo así por egoísmo, sino por el afecto y el cariño que le tengo, y que nada en el mundo podrá ahuyentar de mi corazón.

Adiós, Makar Alesiéyevich. Aguardo su respuesta impaciente.

¡Ha pensado usted mal de mí!

Le quiere de verdad,

Varvara Dobroselov

28 de julio

Mi inapreciable Varvara Aleksiéyevna: Sí; ahora que ya todo pasó y quedó conjurado, y de nuevo poco a poco vuelve el agua a su cauce, puedo ser sincero con usted. Bueno; ¿conque le inquieta a usted lo que la gente piense o diga de mí? Pues me apresuro a manifestarle que en la oficina me muestran más aprecio que antes.

No quiero ocultarle a usted, hijita, que mis deudas y el mal estado de mi traje me contrarían grandemente; pero esto ya se arreglará, y, entre tanto, yo le suplico a usted no se preocupe de cosas menudas.

Me envía usted otro medio rublo, Várinka, este medio rublo me ha traspasado el corazón. ¡De modo que así anda ahora la cosa! No soy yo, el viejo imbécil, quien la ayuda a usted, sino usted, quien me ayuda a mí. Hay que dar gracias a Fiodora, que procuró el dinero.

Quede usted con Dios, hija mía. Le suplico que se mejore pronto. Le escribo muy breve, porque debo darme prisa para ir a la oficina, pues quiero, con el celo y la aplicación, compensar mis faltas y tranquilizar poco a poco mi conciencia. Un relato más detallado de mis incidentes, así como de aquel lance con los oficiales, son cosas que dejo para esta noche. Ahora no tengo tiempo.

Su amigo que la respeta y quiere,

Makar Dievuschkin

28 de julio

Mi querida Várinka: Ahora la culpa es suya, y habrá de pesar sobre su conciencia. Con su carta ha acabado usted con las últimas fuerzas de superioridad que me quedaban y me ha aturrido por completo; hasta este momento, en que he podido pensar en ello con toda calma y arrojar una mirada hasta lo más profundo de mi corazón.

Si le he de decir la verdad, yo mismo no sé exactamente qué fue lo que ocurrió con aquel oficial. Debo confesarle, ángel mío, que hasta ese momento me encontraba yo en la situación más espantosa. Imagínese usted, hija mía, que yo llevaba ya todo un mes pendiente. Mis apuros eran tan grandes, que yo no sabía ya que iba a ser de mí. A usted se lo ocultaba, y aquí, en casa, también conseguía disimularlo; pero la patrona se encargaba de decírselo a todo el mundo.

Pues bien; mire usted: yo no estaba hecho a semejante tur-

bión de desdichas de toda índole. Y he aquí que de pronto me enteré por Fiodora de que un tipo insignificante se había presentado en vuestra casa, para decirle a usted no sé qué cosas ofensivas. Que usted debía de haberse ofendido. Al tercer día azuzado por un compañero de trabajo, me fui, por último a ver al oficial ése. Yo me había enterado de sus señas por nuestro criado. Sólo recuerdo que estaban con él muchísimos oficiales, aunque es posible, vaya usted a saber, que yo lo viera todo doble. Creo recordar que me puse a hablar por los codos y poseído de una indignación honrada. Luego, finalmente, me echaron entre todos y rodé escaleras abajo, en último término no es verdad, que me echasen ellos literalmente, sino que yo me eché a mí mismo. Cómo pude volver a casa, eso sólo Dios lo sabe.

Comprendo, que he caído muy bajo, y hasta lo que es más horrible, que he perdido mucho de mi dignidad. Pero probablemente todo esto estaría escrito desde el día en que nací; ése sería mi sino...

Conque ya tiene usted aquí, Várinka, la relación circunstanciada de cuanto hubo de ocurrirme en mis desventuras. Pongo fin a estas líneas reiterándole a usted, la seguridad de mi afecto,

Makar Dievuschkin

29 de julio

Mi querido Makar Aleksiéyevich: He leído su carta y batido palmas. Mire usted, me oculta algo, o sólo me ha escrito parte de sus calamidades. Venga usted hoy a verme, ¡por lo qué más quiera! Y oiga usted: venga sencillamente, a comer con nosotras. Yo no sé qué vida hace usted ahí ni cómo está ahora con la patrona. Usted no me dice nada de eso en sus cartas, y no parece sino que lo hace con toda intención, como si no quisiera decírmelo.

Conque hasta la vista, amiguito; venga usted hoy sin falta.

Pero sería lo mejor que viniese a comer con nosotras, Fiodora guisa muy bien. Hasta luego, pues. Suya,

Varvara Dobroselov

1 de agosto

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Creo en la bondad de su corazón, y no he de dirigirle a usted ningún reproche; pero usted tampoco me los habrá de dirigir como en otro tiempo, tildándome de dilapidador. Yo incurrí en ese pecado una vez. ¡Qué hemos de hacerle! Si es que usted se empeña en sostener que eso sea pecado.

Pero no me tome usted a mal el que yo le hable así. Los pobres somos tercetos... Lo ha dispuesto así la naturaleza. El pobre es susceptible; ve el mundo de otro modo, mira a cada transeúnte de soslayo, con recelo, y coge al vuelo la menor palabra... ¿Si estarán hablando de él? ¿Si será que están comentando en voz baja su desastrado aspecto? Todos sabemos, Várinka, que un hombre pobre es peor que un pingajo, y que no puede merecerle a nadie la menor estimación. Porque, por más que escriban esos literatuelos, un pobre siempre será un pobre con todas sus consecuencias. Y ¿por qué ha de ser siempre un pobre? Pues porque en un hombre pobre, todo, por decirlo así, debe estar con el lado izquierdo hacia afuera, no puede tener nada guardado en lo más íntimo, ningún orgullo, por ejemplo, ni otro sentimiento análogo, pues no se le tolera.

¿Ignoraba usted esto, por ventura? ¡Pues no lo olvide ahora! Créame usted, que si sobre otras muchas cosas no sé absolutamente nada..., lo que es sobre ésta sé más que muchos. Pero ¿de dónde puede un individuo saber estas cosas? Y, sobre todo, ¿por qué piensa así? Pero ¿qué les importa a ellos que yo tenga gastadas las mangas de mi uniforme por los codos? Si usted me per-

dona lo fuerte de mi expresión, le diré, Várinka, que un pobre en ese estado siente una vergüenza idéntica al pudor virginal de usted. Usted perdone este burdo ejemplo— no se desnudaría delante de todo el mundo, ¿verdad? Pues, vea: exactamente igual, con el mismo desagrado, ve el pobre que meta nadie la nariz en su perrera para fisgar como viven él y los suyos.

Bueno: pues esta mañana estaba yo sentado en mi oficina, completamente callado y absorto, cuando me imaginé mi propia figura cual la de un gorrión sin plumas, de suerte que llegué a sentir deseos de morirme de puro avergonzado. Es que sin querer pierde uno el valor cuando sabe que por los siete de las mangas se le ven los codos y que los botones de la chaqueta están pendientes de un hilito. Y sin querer pierde uno el valor.

Quería usted, enviarme un libro para que no me aburra. Déjelo usted por ahora, ¿para qué lo necesito? ¡No será todo de cosas de la realidad! Pero también las sátiras y las novelas son disparates, escritas con el propósito de decir desatinos, y para que las personas ociosas tengan algo que leer. Y si empezamos por Shakespeare —vea usted, ¡la literatura cuenta con un Shakespeare!—, ¡ese mismo Shakespeare es un puro disparate y nada más que un disparate, un puro librejo de burla y escarnio, escrito por esos garrapateadores para divertir al público!

Suyo,

Makar Dievuschkin

2 de agosto

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Por favor, ¡no se inquiete usted! Dios nos dará su ayuda y ya verá cómo todo se arregla. Fiodora ha encontrado para las dos mucho trabajo, y en seguida, nos hemos puesto a hacerlo. Quizá con esto tengamos para poner de nuevo todas las cosas en orden. Me ha dicho Fiodora que

ella cree que Anna Fiodórovna está muy enterada de todos mis contratiempos últimos; pero eso a mí me da lo mismo.

Conque quería usted tomar dinero a crédito... ¡Dios le libre de hacer tal cosa! Con eso no haría usted más que agravar sus males, pues tendría que pagar luego mayor cantidad, y ya sabe usted lo difícil que es eso. Haga usted ahora una vida más económica, venga con más frecuencia a vernos y no se preocupe usted por lo que diga su patrona.

También podía usted estimar un poquito más su estilo; no es ésta la primera vez que le digo que escribe usted de un modo incomparable. Bueno, hasta la vista. Conste que le espero sin falta. Suya,

V. D.

3 de agosto

Angel mío, Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a comunicarle, que vuelvo a tener nuevas perspectivas y nuevas esperanzas. ¿Opina usted que yo no debo tomar dinero en préstamo? ¡Pero si no es posible salir adelante de otro modo! Por eso digo que es imprescindible necesario el tomar algún dinero en cuotas. Y ahora, escúcheme usted.

Debo hacerle presente, ante todo, que yo tengo mi asiento en la oficina al lado de Yemelia Ivánovich. Es lo mismo que yo, un funcionario del Estado. Ambos somos los más antiguos, los veteranos, como nos suelen llamar. El tal Yemelia es un hombre muy bueno, sin pizca de egoísmo, pero apenas si habla dos palabras seguidas, y para que usted vea lo que son las cosas, tiene todo el aspecto de un oso. Trabaja a conciencia en la oficina, escribe con buena letra inglesa y, si he de decir la verdad, no lo hace peor que yo. Verdadera conversación no la hemos sostenido nunca; pero, no obstante, hemos cambiado esas palabrillas

que es costumbre se crucen entre empleados que trabajan en la misma mesa. Hoy, el tal Yemelia hubo de decirme de pronto: “Makar Aleksiéyevich, ¿por qué está usted tan pensativo?”

Yo pude advertir que él me hablaba con la mejor intención y..., fui y me confié a él. Le conté todo, de pe a pa; es decir, no se lo conté todo, naturalmente, si Dios me tiene de su mano, no se lo contaré nunca a nadie, porque me faltaría el valor, Várinka; pero sí le referí algunas cosas; en otras palabras: que le confesé que me encontraba en un apuro de dinero.

—Pero, padrecito —me dijo Yemelia Ivánovich—, usted podría encontrar quien le diese dinero en préstamo, por ejemplo Piotr Petróvich, que presta con su tanto por ciento. También yo le he tomado dinero a préstamo. Y puedo asegurarle a usted que no me lleva un interés muy elevado, ¿no, señor!

Ahora bien: Várinka, al oírle, empezó a darme saltos el corazón. Y en seguida me puse a echar la cuenta, a ver la forma como podría yo pagarle a la patrona y ayudarla algo a usted, y darme yo una vueltecita también para adquirir de nuevo aspecto humano... Pues estoy hecho ya una verdadera vergüenza. Así que hice acopio de valor, disimulé todo lo que pude mi susto y me fui a ver a Piotr Petróvich, lleno, por una parte, de esperanza, y por otra, de inquietud.

Estaba el sujeto muy ocupado, hablando, con Fedosei Ivánovich. Yo me acerqué a él y le di un golpecito en el brazo, como dándole a entender que tenía necesidad de hablarle. Diciéndole lo siguiente: “Tal y cual, etc. Piotr Petróvich, si puede ser, aunque sólo sea unos treinta rublos... “ Yo empecé de nuevo con mi retahíla, y entonces él me preguntó: “¿Tiene usted alguna garantía? “, luego volvió a abismarse en sus papeles y continuó escribiendo, sin siquiera dirigirme una mirada. “No —le dije—, garantía no tengo, Piotr Petróvich”. Y le expliqué: “Pero yo le devolveré el dinero, en cuanto cobre mi sueldo de este mes, y eso será lo primero que haga y mi primera obligación”. En aquel

momento lo llamó no sé quien y salió de la oficina, donde yo me quedé aguardándolo. Pero yo volví a la carga, diciéndole: “Conque, Piotr Petróvich, ¿no habría modo de arreglar el asunto?”.

El no decía nada, y parecía como si no me hubiese oído, en tanto yo permanecía en pie... “Bueno —pensaba yo—, lo intentaré otra vez, la última”, y volví a tocarle en una manga. Pero él no despegó los labios, Várinka; quitóle un pelillo a la pluma y siguió escribiendo. Entonces yo me retiré de allí.

Mire usted, hijita: puede que estos sujetos sean muy honorables; pero como soberbios, sí que lo son, y no poco. Y para que usted lo sepa es por lo que le he contado este episodio.

Yemelia Ivanóvic se echó al punto a reír y movía la cabeza. Me ha prometido recomendarme a cierto individuo que también presta dinero. ¿Qué le parece a usted?

Mi patrona me ha amenazado ya con echarme de la casa y con no dejarme sentar a la mesa. Y tengo las botas en un estado deplorable, hijita, ¡y me faltan la mar de botones, y quién sabe cuántas cosas más! ¡Una verdadera desdicha, Várinka; una verdadera desdicha!

MakarDievuschkin.

4 de agosto

Querido Makar Aleksiéyevich: ¡Por el amor de Dios, procúrese usted tan pronto como pueda el dinero! Yo, naturalmente, en las actuales circunstancias, no reclamaría su ayuda, a ningún precio, ¡pero si supiera usted en qué situación me encuentro!

¡He sufrido los más desagradables contratiempos y no puede usted figurarse que desesperada estoy!

Imagínese usted, amigo mío; esta mañana se presentó en casa un señor extranjero, un hombre ya de edad, con una condecoración en el pecho. Yo estaba muy asombrada, y no comprendía qué deseaba.

El visitante empezó a hacerme preguntas: que qué vida hacía yo; que en qué me ocupaba y luego..., sin aguardar contestación... salió diciendo que era el tío de aquel oficial de marras y que le había disgustado mucho la incorrecta conducta de su sobrino; sobre todo, que hubiera puesto mi buena reputación en entredicho... Que su sobrino era un tarambana, que en nada reparaba; pero que él, como tío suyo, se creía obligado a compensar sus faltas y a tomarme bajo su protección.

Yo me puse colorada. El me cogió la mano y me la estrechó sin soltármela; por más que yo hacía para zafarme, me dio unas palmaditas en las mejillas, diciendo que era muy bonita y que le gustaba mucho, encantándole, sobre todo, los hoyuelos que se me formaban en los canillos.

Finalmente, hizo intención de darme un beso. Luego llamó aparte a Fiodora y quiso ponerle dinero en la mano, con no sé qué pretexto. Fiodora, naturalmente, se lo rechazó.

Visto lo cual, se despidió; volvió a repetir que lo sentía mucho, y prometió hacerme otra visita y traerme unos pendientes. Me aconsejó, además, que me mudase de casa, recomendándome una que es muy mona y no me costaría nada. Repetí que yo le había inspirado un afecto especial, por ser una muchacha honrada y discreta. Finalmente me explicó que conocía a Anna Fiodórovna y que ésta le había encargado me dijera que no tardaría en hacerme una visita. ¡Entonces comprendí todo! Yo le eché en cara su proceder..., y Fiodora se puso a mi lado y lo echó materialmente del cuarto.

Todo esto es, naturalmente obra de Anna Fiodórovna... Pero ¿por dónde habrá podido enterarse de estas cosas nuestras?

Pero yo me dirijo a usted, Makar Aleksiéyevich, y le ruego me proteja. ¡Ayúdeme usted; por el amor de Dios, no me deje en este apuro!

Por favor, procúrenos usted dinero, aunque sea poco, pues no tenemos absolutamente con qué costear los gastos de una

mudanza. Necesitamos, por lo menos veinticinco rublos. Yo le devolveré a usted esta cantidad, ¡que ganaré con mi trabajo! ¡Todo, todo se lo devolveré yo a usted; pero no me abandone usted ahora, por el amor de Dios! Me cuesta un gran esfuerzo irle a usted con esta súplica en las circunstancias actuales; pero usted es mi único amparo, ¡mi única esperanza! Siga usted bien, Makar Aleksiéyevich, piense en mí y que Dios le atienda,

V. D.

4 de agosto

Varvara Aleksiéyevna, palomita mía: Mire usted, son esos golpes inesperados precisamente los que me desconciertan. Esos pisaverdes insulsos y esos vejetes despreciables acabarán por llevarnos al lecho del dolor, no sólo a usted, ángel mío, con tantos sofocos como le proporcionan, sino también a mí, a quien le darán la puntilla los muy tunos. ¡Lo harán como se lo digo, hijita! Pero primero me dejaría yo matar que no ayudarla a usted. Porque si yo no pudiera ayudarla, Várinka, eso sería para mí la muerte, mi verdadera muerte. Pero yo también sufro por su culpa, mi pajarito. ¿Cómo puede ser usted tan cruel?

A usted la atormentan, la hacen sufrir continuamente y, por consecuencia..., todavía se crea usted preocupaciones que también me traen desazonado a mí y me promete devolverme el dinero y sacarlo de su trabajo, lo cual quiere decir, que usted, con lo delicada que está, va a ponerse a trabajar a destajo, a fin de poderme dar el dinero en el plazo convenido. ¿Por qué ha de coser y trabajar y torturarse su pobre cabecita con preocupaciones y estropearse la salud?

Mire usted, yo buscaré, sin duda alguna dinero y lo hallaré; que me muera antes de no hacerlo así. Tomaré prestados cuarenta rublos. ¿No será poco, Várinka? ¿Qué le parece a usted?

De los cuarenta rublos le daré a usted veinticinco, dos a la patrona, y el resto me lo reservaré yo para mis gastos.

Verdaderamente, a la patrona debería yo darle más dinero; sí, debería dárselo sin remisión, pero piense usted bien; haga la cuenta de las cosas que necesito más imprescindibles, y verá cómo no es posible, que pueda darle más dinero. Así que no hay que preocuparse más ni hablar más del asunto, sino dar por resuelta la cuestión. Le confieso sinceramente, Várinka, que me encuentro actualmente en una situación sumamente desesperada, como nunca la había experimentado en mi vida. La patrona me desprecia. Por todas partes faltas, por todas partes deudas; de la oficina más vale no hablar. Yo lo disimulo todo; cuando entro en la oficina hago todo lo posible por pasar inadvertido y me escurro por entre los compañeros. Pero ¿y si no me dieran el dinero?

Es mejor no pensar en ello y no atormentarse con semejantes figuraciones, que ya por adelantado le quitan a uno el valor. Yo sólo le escribo a usted estas cosas para prevenirla y ponerla en guardia, a fin de que no piense en ello ni se atormente con otras ideas tristes. Seguramente no podría mudarse de cuarto y tendría que seguir siendo mi vecina, pero no podría resistir ese golpe; sencillamente en ese caso, me metería debajo de la tierra.

Aquí tiene usted otra epístola larga, y en vez de garrapatear tanto hubiera hecho mejor afeitándome, pues afeitado parece uno más primoroso y respetable, lo cual significa mucho y siempre ayuda no poco a allanarle a uno el camino para encontrar lo que busca. ¡Conque sea lo que Dios quiera! Yo pediré el dinero y luego... me abriré camino.

Makar Dievuschkin

5 de agosto

Querido Makar Aleksiéyevich: ¡Si usted por lo menos no des-

perase! Le envió a usted treinta kopecs, que es todo lo que puedo. Cómprase usted con ellas, lo que le haga más falta para poder tirar por lo menos hasta mañana. Pero no debe usted quebrarse la cabeza con preocupaciones. Que no le han dado a usted nada bueno.

Pero ¡qué carácter más raro el suyo, Makar Aleksiéyevich! Todo lo toma usted muy a pecho, por lo cual ha de ser usted el más desdichado de los hombres. Leo con toda atención sus cartas y veo por ellas que usted se preocupa y atormenta por mí hasta un punto como usted mismo nunca se preocupó ni por su persona. Yo le estoy muy agradecida, por todo cuanto por mí ha hecho; créame que le guardo agradecimiento profundo. Pero juzgue usted mismo cómo me sentiré ver que usted, después de todos esos sinsabores, cuya causa involuntaria he sido yo...; que usted todavía sólo para mí vive y en cierto modo sólo por mí vive, pues mis alegrías son las suyas; mis penas, sus penas, y mis sentimientos tiene más fuerza para usted que los suyos. Pero si usted toma tan a pecho los dolores ajenos, y tanta compasión es capaz de sentir, ¡cuánta razón no hay para que sea usted el más desdichado de los mortales! No se preocupe usted de ese modo, no se desespere, sea usted razonable. ¡Se lo ruego, se lo imploro! Ya verá usted cómo todo se arregla, cómo las cosas toman otro rumbo mejor. Usted se ensombrece la vida con tanto preocuparse y afligirse eternamente por los dolores ajenos.

Adiós, amigo mío. ¡le suplico una vez más que no se apure, por mí!

V. D.

5 de agosto

Palomita mía, Várinka: Usted ha llegado a la conclusión de que no es ninguna desdicha que no me hayan querido dar el dinero. Hasta alegre estoy al ver que usted no abandona a este pobre

viejo y se queda en el cuarto. Eso es, y si le he de decir algo, le confesaré que se me llenó el corazón de alegría al leer las cosas tan lindas que de mí decía la carta y los elogios que tenía para mis sentimientos.

A mí, personalmente, me da igual, y con la mayor tranquilidad del mundo iría por esas calles sin capa y sin botas; a mí me resultaría indiferente, de nada me cuidaría, pues soy un hombre sencillo y modesto.

Pero todavía no le he contado a usted al detalle, hijita, cómo está hoy todo. Yo, en esta sola mañana, he tenido que aguantar tanto, pasar por tantas torturas de espíritu, como quizá otros hombres en todo un año. Escúcheme, que le voy a referir lo que pasó.

Yo salí de casa muy temprano con objeto de saludarla a usted y luego irme a la oficina y poder llegar a tiempo. ¡Qué lluvia hacía hoy y cuánto barro! Me envolví en mi capa, en tanto pensaba para mis adentros: “¡Dios mío! ¡Perdóname todas las infracciones de tus mandamientos y haz que se cumplan mis deseos!”. Al pasar por la iglesia, me santigüé e hice un acto de contrición de todos mis pecados, pero al mismo tiempo pensé que no estaba bien que yo conversase así con Dios Nuestro Señor. De suerte que volví a abismarme en mis pensamientos, y seguí adelante sin mirar a ningún lado. En esto, me tropecé con una pandilla de sucios obreros, los cuales me dieron un recio codazo al pasar, los insolentes.

Al pasar por el puente Vosnesenskii se me desprendió la suela de una de las botas, de suerte que, a partir de aquel momento, no acabo de comprender con qué iba pisando. Y precisamente en ese sitio hube de encontrarme con nuestro ordenanza Yermolayev, el cual se paró y me siguió con la vista, como pidiéndome una propina.

Yo estaba horriblemente cansado; así me detuve con el objeto de descansar un poco, y luego proseguí mi camino.

Divisé a lo lejos una casa amarilla, de madera, con un frontispicio: una especie de villa. “Ahí es —me dije—: ésa es la casa que Yemelia Ivánovich me describió... La casa de Márkov”. (Así se llama ese individuo que presta dinero). Yo pasé por delante de la casa tres veces; pero cuanto más la rondaba tanto peor. “No —pensaba—; no me va a dar nada ese hombre; decididamente, no me va a dar nada. Yo soy para él un extraño, un individuo totalmente desconocido; el asunto es muy engorroso, y mi aspecto no es nada recomendable”. “Bueno —me decía—; que sea lo que Dios quiera; por lo menos, no tendré después que lamentarme de no haber intentado el remedio”. Y en esos dimes y diretes, abrí muy suavemente la puerta de la casa. No bien había penetrado en el portal, cuando se abalanzó sobre mí un perro, que, se puso a ladrar como un desesperado.

Y mire usted: incidentes como ése, siempre a uno lo desconciertan y vuelven a llenarlo de timidez. Yo entré en la casa más muerto que vivo... Pero allí hube de tropezar con otra calamidad, y fue que no veía bien por donde iba. Tropezándome inesperadamente con una mujer, puesta en cuclillas, que estaba llenando cántaros de leche, y fue tal el estrellón que le di, que se vertió toda la leche. La mujer empezó a gritar: “Pero ¿es qué no ve usted bien por dónde va, hombre”.

A los gritos de la mujer llegó una vieja bruja. Inmediatamente me volví hacia ella y le pregunté si vivía allí el señor Márkov:

—No —me contestó con malos modos; pero se quedó allí plantada, y luego, a su vez, me preguntó displicente—: ¿Para qué lo quiere usted ver?

Sintetizando: “Vengo por asuntos de negocios”. Al oír esto, llamó la vieja a una hija suya..., la cual acudió al punto.

—Llama a tu padre está con los arrendadores... Acérquese, haga el favor.

Yo me acerqué. El cuarto era bueno, en las paredes cuadros,

en su mayoría retratos de generales; una mesa redonda, un sofá, tiestos de reseda y balsamina. Yo no hago más que pensar: “Será mejor que venga mañana, que hará mejor tiempo”.

Y ya me encaminaba, se lo confieso, a la puerta, cuando hubo de presentarse él... Un tipo enteramente vulgar, pequeño, canoso, embutido en una bata pringosa, ceñida por un cordón en torno de la cintura.

Se informó de mi deseo y en qué podía servirme; y yo le hice presente, pues, que tal y cual, y que Yemelia Ivánovich...

—Total, unos cuantos rublos que me hacen falta —le dije. Pero no terminé de hablar, pues en sus ojos comprendí que había errado el golpe.

—No —me dijo él—; lo siento mucho, pero no dispongo de dinero. ¿Cuenta usted con alguna garantía?

Yo empecé a explicarle que, verdaderamente, no disponía de ninguna, pero que Yemelia Ivánovich me había dicho... En una palabra: le expliqué todo lo que había que explicar. El me oía en silencio.

—Ya, sí —dijo—. Yemelia Ivánovich no sirve aquí de nada. No tengo dinero.

“Claro —pensé y—: eso ya me lo sabía, ya lo veía venir, ya lo tenía tragado”.

En verdad, Várinka, que habría sido mejor que la tierra me hubiera tragado en ese instante, pues tenía los pies helados y me corrían escalofríos por la espalda.

Yo le miraba a él y él me miraba a mí, como diciendo:

“Bueno; vete ya; no sé qué aguardas aquí”; de suerte que, en otras circunstancias, habría yo sentido una vergüenza mortal.

—¿Y para qué quería usted ese dinero? —me preguntó de veras esto, Várinka! Yo abrí la boca sólo para no quedarme callado; pero él ni siquiera se dignó escucharme—. No —dijo—, no tengo dinero; en otro caso añadió—, en otro caso, tendría mucho gusto en...

Yo me puse a porfiarle, le hice presente que no era tanto el dinero que necesitaba, que estaba decidido a pagárselo religiosamente en el plazo convenido, que podía cargarme el interés que quisiera, y que yo, estaba dispuesto a pagárselo todo. En aquel instante pensaba yo en usted, hijita, en sus contratiempos y sus apuros.

—No —dijo él—. ¿Quién habla aquí de interés? Pero si tuviera usted una garantía... Yo, de momento, no dispongo de dinero; Dios es testigo de que no lo tengo; en otro caso, tendría mucho gusto en...

¡Sí; hasta por Dios me lo jurabá el muy bandido!

Bueno; en resumidas cuentas, hija mía, que no sé cómo salí de allí y me volví a encontrar en el puente de Vosnesenskii.

Estaba horriblemente cansado y muerto de frío, arrecido del todo, y serían ya las diez cuando llegué a la oficina.

Yo quería limpiarme el barro de encima; pero el ordenanza se empeñó en negarme el cepillo, diciendo que yo lo iba a echar a perder y que los cepillos eran propiedad del Estado.

No es el dinero que me falta, sino esos sinsabores y el tenerme que rozar con los hombres; todos esos chismorreos, y esas risitas, y esas burlas.

¡Ay hijita, pasó ya mi edad de oro! Hoy he vuelto a releer todas sus cartas... ¡Adiós palomita mía, que Dios la guarde!

M. Dienvschkin

Post Scriptum: Quería, contarle a usted medio en broma mis desdichas; pero veo que no lo he logrado. Yo aspiraba a distraerla. Ya iré a visitarla.

11 de agosto

¡Varvara Aleksiéyevna! ¡Estoy perdido, perdidos estamos los

dos; irremisiblemente perdidos! Mi buena reputación, mi honor... ¡Y soy yo la causa de la perdición, hijita!

Me hace todo el mundo blanco de sus desprecios y sus burlas, y la patrona me insulta ya a gritos y delante de la gente. Hoy se puso otra vez a gritar y a alborotar y a llenarme de injurias.

Por la tarde un individuo de la tertulia de Ratasayev se puso a leer en voz alta una de mis cartas dirigidas a usted: una carta que yo no había acabado de escribir y me guardé en el bolsillo, de donde se me debió de caer luego. Yo no pude contenerme, y me fui hacia ellos, y acusé a Ratasayev de desleal, y le dije que era un falso. Pero Ratasayev me contestó que el falso era yo y que no me dedicaba a otra cosa que a hacer conquistas. Se han enterado de todo lo concerniente a nosotros.

Ya ve usted, hijita, hasta dónde hemos llegado.

¡Siente uno vergüenza de vivir, Várinka! ¡Estoy perdido, sencillamente perdido!

M. D.

13 de agosto

Querido Makar Aleksiéyevich: A nosotros nos persigue la desdicha, y no sé ya qué hemos de hacer. Hoy me he quemado con la plancha la mano izquierda; la solté inadvertidamente, y me lastimé y me quemé, ambas cosas a un tiempo. De modo que no puedo trabajar, y Fiodora lleva también tres días enferma.

¡Oh, cuántos apuros y sobresaltos!

Le envió a usted treinta kopecs: esto es casi todo cuanto tenemos. Bien sabe Dios cuanto querría poder ayudarle en sus apuros.

¡Me dan ganas de llorar!

¡Quede con Dios, amigo mío! Me proporcionaría usted una gran tranquilidad si viniese hoy a vernos.

V. D.

14 de agosto

Makar Aleksiéyevich: ¿Qué le sucede a usted? ¿Es qué ha perdido ya el temor de Dios? Y a mí me hace usted perder el juicio. ¿No le da a usted vergüenza? Usted va derecho a su ruina. ¡Píense usted en su reputación! Y usted mismo, Makar Aleksiéyevich, usted mismo se morirá de vergüenza. ¿O es que no hace usted ya aprecio de sus canas? ¡Pues tema usted siquiera a Dios!

Dice Fiodora que ya no le ayudará más a usted, y tampoco yo, en esas condiciones, le enviaré más dinero. ¿Qué ha hecho usted de mí? ¡Usted se figura que me es indiferente el que usted se conduzca tan mal!

¡No sabe usted todavía lo que por usted he soportado yo! No puedo ya asomarme a la escalera, pues todos me miran y me señalan con el dedo, y dicen cosas. Yo me abochorno mentalmente por su culpa. Le juro que me mudo del cuarto.

Le escribí a usted diciéndole que lo esperaba; pero usted no vino. ¿Tan indiferente le son a usted, mis llantos y mis súplicas? Estoy enterada de todo. ¡Si usted supiese qué dolor es el mío cuando me cuentan que usted anda borracho! Ayer no le dejó a usted entrar la patrona y se pasó la noche en la escalera.

Venga usted a vernos; podremos leer juntos y hablar de tiempos pasados. Yo sólo vivo para usted; sólo para usted continúo en esta casa. Y usted se porta de ese modo.

Sea usted una persona decente, tenga carácter y genio en la desgracia. Usted sabe de sobra que ser pobre no es una vergüenza. Y ¿por qué entonces desesperar? Todo esto es pasajero.

Le envió a usted veinte kopecs; cómprese usted tabaco o lo que quiera; pero, por Dios, no los gaste usted en nada malo. Vuelva usted en sí.

¡Venga a vernos sin falta!

Quizá volverá usted a sentir vergüenza como la última vez...

Pero no haga usted caso, que eso es falsa vergüenza, ¡si usted se arrepintiese sinceramente...! Tenga confianza en Dios.

V.D.

19 de agosto

Varvara Aleksiéyevna: Avergonzado estoy...

Aunque, después de todo ¿por qué no hemos de poder alegrarnos un poco el corazón?

Mire usted: yo ya no me acuerdo para nada de las suelas de mis botas. Una suela no es nada, y nunca pasará de ser una simple suela, vulgar y sucia. Los sabios griegos andaban descalzos. ¿Por qué nosotros nos hemos de preocupar por una cosa tan poco importante?

¡Ay, hijita, por fin se le ocurrió algo que escribirme!...

Pero a esa Fiodora dígame usted que es una loca y una sin juicio, con la cabeza llena de pájaros, y, por añadidura estúpida.

Por lo que se refiere a mis canas, se equivoca usted, pues todavía no soy ningún viejo, como usted se figura.

Me escribe usted que al leer mi carta le entraron ganas de llorar, y yo le digo a usted que también yo me he llevado un gran disgusto y he llorado.

Para terminar, le deseo a usted salud y prosperidad, y por lo que a mí se refiere, me encuentro con salud completa, y soy siempre, ángel mío, con mis mejores saludos, su amigo,

Makar Dievuschkin

21 de agosto

Querida amiga Varvara Aleksiéyevna: Siento que soy culpable; siento que tiene usted que perdonarme muchas cosas; pero, a mi

juicio, nada se adelanta, con que yo sienta todo eso. Todo eso lo sentía yo ya ante mi conciencia, sólo que hasta ahora no me he dado cuenta cabal de mi culpa.

Por lo que en rigor, no soy yo verdaderamente culpable ante mi conciencia, como tampoco son culpables mi corazón ni mis pensamientos. Siendo esto así, yo mismo no sé a punto fijo quién es aquí el verdadero culpable. ¡Es ésta una cosa muy embrollada!

A mí me faltó valor, hijita; es decir, al principio sólo sentí, involuntariamente, que no valgo para nada y que, a lo sumo, soy un poquito mejor que la suela mi zapato. Bueno; pues habiendo ya perdido de ese modo la legítima propia estimación, y entregádome a la negación de mis buenas cualidades y a desmentir mi dignidad de hombre, podía ya darlo todo por perdido y podía sobrevenir la ruina. Pero yo no tengo la culpa de eso. Salí de casa con la sola intención de tomar un poco de aire. Y, de pronto, vea usted, me tropiezo con Yemelia. Este se había gastado todo lo que tenía, y llevaba dos días sin comer.

Bueno, Várinka; que le acompañé, más por compasión a la humanidad que por propio gusto. Y así caímos en aquella culpa. ¡Nosotros llorábamos los dos, Várinka! ¡Hablábamos de usted! El es muy bueno, todo corazón y muy sensible. Todo esto lo comprendo, y por eso precisamente ocurrió aquello; por comprenderlo yo todo.

Al conocerlo, empecé yo a conocerme mejor a mí también, y a tomarle a usted cariño. Pero hasta ahora, yo viví siempre solo, y llevé una vida oscura, y no viví en este mundo como los demás hombres. Decían que yo era lento de entendimiento, y yo pensaba serlo verdaderamente. Pero, desde que usted surgió en mi vida, me la llenó de claridad, de suerte que tanto en mi corazón como en mi alma se hizo la luz. Pude, por fin, empezar a gustar algo así como la paz del alma y a comprender que no era inferior a los demás. Ahora bien, al darme cuenta de que me

perseguía el sino, al permitirme yo, humillado por la suerte, rebajar mi propia dignidad de hombre estaba demostrando que había perdido el valor, ¡y ésa era la verdadera desgracia!

Pero, puesto que ya lo sabe usted todo hijita, con lágrimas en los ojos le ruego que no me pregunte nunca nada relativo a ese incidente ni me hable de ello siquiera, pues no necesito eso para tener el corazón desgarrado y para que la vida me resulte dura y amarga.

Le presento mis respetos, hijita, y quedo su fiel amigo,

Makar Dievuschkin

3 de septiembre

Dejé sin terminar, Makar Aleksiéyevich, mi carta anterior, porque me costaba trabajo escribir. Perdura en mis recuerdos algo misterioso, que a mí, sin resistencia por mi parte, me cautiva, y verdaderamente, hasta el punto que me estoy las horas muertas insensible para cuanto me rodea, y olvidada por completo del presente, de todo lo presente. Sí; no hay en mi vida actual impresión alguna, de la clase que fuere, que no me recuerde algo semejante de mi vida anterior, sobre todo de mi infancia, mi adorada infancia.

Pero esta mañana de otoño, tan fresca, clara y brillante, como ya van siendo raras, me ha infundido hoy nueva vida y comunicado a mi alma una alegría total.

¡Oh, cómo me gustaba a mí el otoño en el campo! Aunque, verdaderamente, me gustaban más las tardes de otoño que las mañanas. Me acuerdo todavía. A dos pasos no más de nuestra casa, al pie de la montaña, estaba el lago. Ese lago... A mí me parece ahora que lo estoy viendo... ¡Tan claro y puro como cristal! Estaba la tarde muy serena, y todo se reflejaba en el lago. Ni una hoja se movía en los árboles de la orilla; el lago terso e inmó-

vil, asemejaba un espejo. En la hierba destellaba el rocío. En una choza, lejos, humeaba ya una fogata pastoril... Un montón de ramas ardía junto a los pescadores, y el fuego se prolongaba en una larga raya en el agua, en mi dirección. Salía la luna. El aire es tan diáfano, tan sereno y plácido... Pronto levanta un pájaro su vuelo, o susurran los juncos quedamente, estremecidos por un soplo de aire... Por sobre el agua azul elevase, lenta, una blanca neblina, leve y transparente. A lo lejos está oscureciendo; es decir, parece como si todo lo envolviese la niebla; pero, de cerca, ¡qué bien se ve todo!... La barca, la orilla, la isla...

Y yo me estaba así mirando y escuchando todo aquello, ¡tan maravilloso! ¡Y, sin embargo, era yo por aquel tiempo una chiquilla!

A mí me encantaba el otoño, sobre todo el final del otoño, cuando ya se segó el trigo, terminaron las faenas del campo y los labradores se recogen en sus chozas y se preparan ya para el invierno. Entonces se vuelven más oscuros los días, cúbrese de nubes el cielo, tórnase amarillos los bosques, caen las hojas de los árboles, y éstos se quedan desnudos..., especialmente al caer la tarde, cuando se levanta todavía una bruma más húmeda, y luego se dejan ver como oscuros e informes gigantes, como pavorosos espectros. Y cuando nos hemos rezagado en el paseo, y nos hemos quedado detrás de los demás... ¡qué prisa nos damos por alcanzarlos y qué miedo tan grande nos entra! Temblamos como la hoja del álamo. ¡Quién sabe si detrás de aquel tronco de árbol..., no se esconderá algún monstruo que, al pasar nosotros, se nos abalanzará!

Y a todo esto, el viento corre por el bosque, y ruge, y silba, y a veces creemos oír voces que aúllan y se quejan, y las hojas, revolotean por los aires y se arremolinan en el viento, y de pronto pasa, zumbando con estridente chillido, una bandada de aves de rapiña. El miedo aumenta a pasos, agigantados y se apodera de nuestro corazón, y corremos y corremos hasta llegar a casa

desolados. En casa encontramos la vida y la alegría. En el hogar chispea el fuego; mamá mira riendo nuestra alegre labor, y la vieja solterona, Uliana, nos cuenta historias medrosas de brujos y bandoleros. Y nosotros, los chicos, nos acercamos más unos a otros.

Luego viene la noche, y el miedo no nos deja dormir, y pavorosas visiones y pesadillas ahuyentan el cansancio. Y nos despabilamos y no nos atrevemos a movernos, y nos estamos despiertos y temblando hasta que apunta la aurora, con la cabeza metida bajo la sábana.

Pero cuando ya el sol entra en el cuarto nos levantamos despejados y alegres; y miramos curiosamente por la ventana, y todos los árboles y arbustos están llenos de escarcha. El hielo ha formado como un tenue disco cristalino sobre el lago, y los pajarillos gorjean contentos. Y el sol rompe cual cristal el fino hielo con sus calientes rayos.

En la cocina vuelve a chispear el fuego; nos sentamos a la mesa, en la que ya murmura el samovar, y a través de la ventana mira hacia adentro nuestro negro perro *Polkan*, y nos mueve la cola adulator.

Un campesino pasa por delante de la casa con dirección al bosque, en busca de leña. En los hórreos hay apiladas montañas de trigo, y al sol rebrilla, con detellos de un amarillo de oro, la cubierta de paja de los almiarés de heno...

Y todos están tranquilos y felices; todos sienten la bendición de Dios, que los hizo partícipes de la cosecha; todos saben que en el invierno no pasarán apuros, y podrán darles a sus hijos el pan necesario. Por eso se escuchan por la tarde las canciones de las mozas, que alegres danzan en rueda, y por eso se les ve a todos, el domingo, darle gracias a Dios en la iglesia con sus oraciones...

¡Qué maravillosa fue mi infancia!

Aquí me tiene usted llorando como una chiquilla. Y de ese

llanto tienen la culpa mis recuerdos. Lo he visto todo con tanta claridad y tanta vida delante de mí, revivía de tal modo el pasado, que ahora el presente se me aparece doblemente turbio y oscuro...

Mire usted, tengo el raro presentimiento o, mejor dicho, la convicción, de que he de morir este otoño. Me siento enferma, muy enferma. Pienso a menudo en mi muerte; pero, verdaderamente, no quisiera morir así... No quisiera descansar en esta tierra...

Fiodora salió hoy, y no volverá a casa en todo el día; así que estoy yo sola. Hace algún tiempo que le temo a quedarme sola; me parece siempre que hay alguien conmigo en la casa, que me habla alguien, y, especialmente, cuando me abandono a estas ensoñaciones en que se sumen los recuerdos, haciéndome olvidar la realidad; de pronto me despierto y miro en torno mío. Entonces siento la misma impresión que si hubiera algo siniestro escondido en la casa. Por eso le escribo esta carta con tanta extensión; porque cuando estoy escribiendo me olvido de todo...

V. D.

5 de septiembre

Querida Várinka: Todo el día me ha dolido la cabeza. Y para ver si se me pasaba la jaqueca, decidí echarme a la calle; por lo menos, tomaría un poco de aire a lo largo de la Fontanka.

Hacía una tarde nublada y húmeda. ¡Y ahora oscurece ya a las seis! Corrían las nubes por el cielo en largas y anchas fajas.

Había mucha gente en el muelle. Eran rostros claros, espantosos, los que yo veía; caras como para ponerlo a uno triste: hombres borrachos, mujeres finlandesas y de narices romas, con botas de hombre y los cabellos despeinados; artesanos y cocheros, paseantes de todas edades, algún aprendiz de cerrajero con

su blusa manchada, entre ellos un chico delgadito y paliducho, de cara morena y brillante de tizne y una cerradura en la mano, o algún soldado que ofrecía a los paseantes cortaplumas y anillos falsos a bajo precio... Ese era el público.

Es la Fontanka un canal ancho y profundo, por el que pueden navegar incluso barcos. Hay allí lanchas de transporte en tal número, que no se explica uno cómo hay sitio para tantas... Pues, al fin y al cabo, no pasa la Fontanka de ser un canal y no un río.

En el puente había mujeres sentadas, unas mujerucas viejas y sucias, con alfajores mojados y manzanas podridas. El granito, húmedo; las casas, altas y oscuras; por abajo, los pies hundidos en la niebla; por arriba, niebla también sobre la cabeza...

¡Qué triste, qué turbia, qué oscura la tarde de hoy!

Al entrar yo en la calle próxima, la Gorojovaya, ya era totalmente de noche. Empezaban a encender las luces de gas. Hacía mucho tiempo que no caminaba yo por la Gorojovaya..., y ojalá no lo hubiese hecho hoy. ¡Qué calle tan ancha y populosa! ¡Cuánto comercio, cuánto, escaparate!... Todo muy alumbrado y brillante... Telas y trajes de sedas y flores entre cristales... Y ¡qué sombreros con cintas y lazos! A uno le parece que todo aquello está allí para adorno de la calle; pero no, que hay hombres que compran esas cosas para regalárselas a sus mujeres.

¡Hermosa calle! Tienen allí sus panaderías muchos alemanes... Debe de ser gente opulenta. Y ¡cuántos coches están continuamente pasando por allí!... Yo miraba al pasar todos aquellos coches, y siempre veía en ellos señoras sentadas, muy lujosas y huecas. Era precisamente la hora en que las princesas y condesas se trasladan en sus coches a los bailes, comidas y fiestas.

¡Cuánto tuve que acordarme hoy de usted, Várinka! Usted es buena, linda, instruida. ¿Por qué le ha de haber tocado a usted esa suerte? Cuando reflexionamos sobre la justicia de las cosas..., ¿por qué, sí, por qué unos están destinados a ser felices ya

desde el vientre mismo de su madre para toda la vida, mientras que otros pasan del orfelinato al mundo de Dios?

Y, sin embargo, así es la vida, y es lo más frecuente que la suerte le toque a un poco Ivanuschka.

“Tú, loco Inanuschka, mete la mano cuanto quieras en el bolso de tu padre; come, bebe, refocílate. ¡Pero tú, tú y tú, y tú, relameos los labios, pues no habéis merecido otra cosa que ser lo que sois”.

Es pecaminoso ya lo sé, pensar de este modo; pero, cuando se reflexiona, se le introducen a uno, sin querer, los pecados en el pensamiento.

Pero ahora... ¡No basta que la mala gente la haya hecho desgraciada, sino que es menester todavía que un grosero venga a insultarla! Pero, sencillamente, por ser su traje de un corte elegante y por poderla él mirar a usted con unos impertinentes de marco de oro, sólo por eso le es permitido al muy desvergonzado todo cuanto quiera, y sólo por eso usted se ve obligada a escuchar con paciencia sus insolentes palabras.

Y ¿por qué ha de ser esto? Pues porque usted es huérfana, Várinka; porque no tiene usted quién la defienda.

Pero ¿qué clase de hombre es ése, qué hombres son esos que no tienen reparo alguno en ofender a una huérfana?... No son ni siquiera hombres; son hampones, sencillamente rufianes, genticilla despreciable que sólo pesa algo junta, como un concepto, como un vago no se sabe qué, que es lo que es realmente, no valiendo nada cuando se la descompone en sus individuos...

A mi juicio, el mendigo que vi esta tarde en la Gorojovaya es más digno de estimación de los hombres que ese canalla. El tal mendigo se arrastraba por allí penosamente en busca de unas cuantas monedas con qué proveer a su mantención; pero, en el fondo, es señor de sí mismo y se busca él solo su comida. No pide, sin más ni más, limosna, sino que toca el organillo para distraer a la gente, y se está toca que toca, como una máquina a la que le han dado cuerda... Es decir que es útil a los demás con

lo que puede. Es un pobre, es un mendigo, cierto; y pobre sigue; pero es por esto mismo un hombre honrado. Está decrepito y transido de frío; pero no obstante, trabaja y aun cuando su trabajo no sea igual al de los otros, con todo eso, trabaja.

Y de esta clase hay muchos hombres honrados, hija mía, muchos que, en relación con la índole de trabajo que hacen, ganan muy poco; pero que, sin embargo, no necesitan por ello inclinarse ante nadie, ni saludar humildemente al prójimo, ni pedirle a nadie tampoco un pedazo de pan por caridad. Y como ese mendigo soy yo también; es decir, yo soy, por naturaleza, algo totalmente distinto. Pero, en sentido figurado, yo soy exactamente igual que él, pues también yo hago lo que mis fuerzas me permiten. No será mucho; pero, de todos modos, es más que nada.

Me he extendido a hablarle de aquel mendigo porque, merced a su encuentro, sentí agravada mi pobreza.

Me había quedado parado mirándole. Y también habían parado allí algunos cocheros, y luego se detuvo también una mocita, y después otra, más jovencita, horriblemente sucia. El mendigo se había colocado al pie de una ventana. Y, entre la gente, me fijé en un muchachito como de unos diez a doce años, que habría sido un chico muy lindo, de no tener aquel aspecto enfermizo, de no estar tan flaco y con aquella apariencia de famélico. Llevaba puesta algo así como una camisa y unos pantaloncillos muy finos. Así, y descalzo por añadidura, estaba oyendo, con la boca abierta, la música... Al parecer, tenía concentrada toda su atención, con pueril asombro, en los muñecos que bailaban sobre el organillo del mendigo; pero tenía las manecitas y los piececitos amoratados de frío, y tiritaba con el cuerpo todo, y mascaba un jirón de la manga que retenía entre los dientes... En la otra mano tenía un papel...

Pasó por allí un señor y le echó una moneda al mendigo, que fue a caer precisamente sobre la tabla donde bailaban los muñecos.

Apenas oyó el chico el retintín de la moneda, salió al punto de su ensimismamiento, miró con timidez en torno suyo, y se figuró que era yo quien había arrojado la moneda...

Y, temblando todo él, se acercó a mí corriendo, y mostrándome el papel, con vocecilla que temblaba, me dijo:

—“Una limosnita, señor...”

¿Qué iba yo a darle? Pues no le di nada. Y, sin embargo, ¡me inspiraba tanta compasión con su papelito en que su madre exponía su trágica situación!

¿Y qué es lo que el chico aprende en esta vida de mendigues? Su corazón se le volverá duro y cruel. Desde la mañana hasta la noche no hace más que ir de acá para allá pidiendo. Muchos son los transeúntes que pasan junto a él; pero nadie repara en su personita. La gente tiene el corazón duro y el hablar cruel.

—¡Largo de aquí! —esto es todo lo que llega a escuchar, y el corazón se le encoge al pequeño, y en vano tiritita el pobre, asustado, arrecido de frío. Tiene manos y pies entumecidos. Ya tose... Le rondará la enfermedad, como un gusano sucio y horrible, en el pecho, y antes que pueda advertirlo se abalanzará a él la muerte, y el pobre chico irá a caer herido mortalmente en algún lóbrego, sucio y hediendo cuchitril, sin cuidado ni asistencia... ¡y se habrá terminado su vida!

Sí; así suele ser con frecuencia..., una vida humana. Y qué doloroso resulta oír un “*Por el amor de Dios*”, y no poder dar nada y tener que decirle al hambriento: “*¡Que Dios le ampare!*”

Suele sucederme que cuando me levanto por las mañanas temprano para ir a la oficina, me olvido en el trayecto, contemplando el aspecto de la ciudad, viendo cómo ésta se despierta y poco a poco se va levantando, y empieza a echar humo, a bullir, a murmurar me olvido, repito, de mí mismo, y ante ese espectáculo me siento pequeño e insignificante, cual si alguien me hubiera dado un golpe en las narices... ¡Y me escurro muy encogido y sin armar ruido y sin atreverme ya ni siquiera a pensar en nada!

Pero, considere usted una vez siquiera lo que sucede en el interior de esas grandes y renegridas casas, intente usted imaginárselo, y luego juzgue usted misma si está bien que nos tengamos a nosotros mismos en tan poco y nos dejemos acoquinar tan indignamente...

No olvide usted, Várinka, que yo hablo en sentido figurado, solamente en parábola.

Pero veamos ahora qué es lo que sucede en el interior de esas casas.

Allí, en el mohoso rincón de un húmedo sótano, que sólo la necesidad pudo convertir en vivienda humana, acaba de despertarse un obrero. Todo el tiempo que estuvo dormido no hizo más que soñar con un par de botas, que ayer, por descuido, cortó de un modo defectuoso... ¡Cómo si un hombre sólo debiera soñar en tales pequeñeces!... Bueno..., es que ese obrero es un zapatero; en él se explica ese sueño. Por lo demás, no crea usted que sólo a los zapateros les ocurren esas cosas.

Esto, de por sí, no sería nada y no valdría la pena detenerse en ello; pero vea usted lo que tiene, sin embargo, de notable. En la misma casa, sólo que en otro piso más alto y en un dormitorio lujosísimo, ha estado esa noche cierto caballero soñando todo el tiempo con otro par de botas, el mismo par de botas, sólo que de otra clase, naturalmente, de otra hechura más elegante, pero en fin, un par de botas.

Pues... según el sentido de mi parábola, todos somos algo zapateros. Pero tampoco esto tendría nada de particular en sí mismo, siendo lo malo que no haya junto a ese ricachón ningún hombre, ni uno solo, que pudiera susurrarle al oído:

“Déjate de eso, no pienses en ello; piensa sólo en ti mismo, en ti, que no eres un pobre zapatero y tienes a tus hijos con perfecta salud y una mujer que no se queja de hambre; mira en torno tuyo a ver si no encuentras algo distinto, algo más noble y elevado por qué preocuparse que no un par de botas?”

Volví muy triste a casa, me senté a la mesa, puse a calentar un poco de agua, y me disponía a echar en ella una tacita de té, cuando de pronto, ¿qué es lo que veo? Pues que Gorschkov, nuestro pobre compañero de hospedaje, entra en mi cuarto. Ya me había asaltado por la mañana la sospecha de que el tal Gorschkov andaba a lo largo del pasillo, atisbando las puertas de los otros cuartos, y hasta una vez me pareció que tenía intenciones de dirigirse a mí. Dicho sea de paso, su situación es peor, mucho peor que la mía. El tiene mujer e hijos que mantener...

Pues como iba diciendo, entra el bueno de Gorschkov en mi cuarto, me saluda...

Como de costumbre, le cuelga una lágrima del ojo... Y hace así como un ruido con la boca, pero sin articular palabra alguna. Yo le brindo una silla, por cierto rota, pues es la única que tengo. También le ofrecí té. El se disculpó, se disculpó largamente, pero al cabo aceptó la taza de té. Luego se empeñó en que se lo había de tomar sin azúcar... Volvió a excusarse una vez y otra, al decirle que se lo había de tomar con azúcar... Insistió en sus pretextos y disculpas, me dio las gracias, tomó a disculparse... Echó por último el terroncito de azúcar en su taza y me aseguró que el té resultaba empalagoso de puro dulce.

¡Ya ve usted, Várinka, adónde puede la miseria conducir a un hombre!

“—Bueno, ¿y qué hay de nuevo, padrecito? —pregunté.

—Pues tal y cual. Es preciso que sea usted nuestro protector, Makar Aleksiéyevich; ayúdeme usted, sea usted el amparo de una familia que se halla en la miseria. ¡Mis hijos y mi mujer...! ¡No tenemos absolutamente nada que llevarnos a la boca!... Pero yo, como padre que soy... ¡Póngase usted en mi lugar; comprenda lo que sufro!...”

Yo me disponía a contradecirle, pero él me interrumpió:

“—Yo les tengo miedo aquí a todos, Makar Aleksiéyevich; es decir, no es precisamente que les tenga miedo, pero ya lo com-

prende usted, me da vergüenza... ¡Son todos tan orgullosos y estirados! Tampoco a usted lo molestaría, padrecito —añadió— si no fuera... Ya sé que usted ha tenido contratiempos, y también sé que no puede usted darme gran cosa, pero quizás pueda usted, por lo menos..., prestarme alguna cantidad... Sólo esto me atrevo a suplicarle, porque conozco su buen corazón y sé que usted también sabe lo que es necesidad, que es usted también un pobre..., y por eso es capaz de sentir compasión...”

Y, por último, me rogó que le perdonase su atrevimiento y desvergüenza. Yo le respondí que con el alma y la vida estaba dispuesto a ayudarle, pero que no tenía nada que darle o poco menos que nada.

“—Padrecito —me dijo—, no crea que voy a pedirle mucho —y se puso encarnado hasta la frente—, pero es que mi mujer... mis hijos tienen hambre... ¿No tendría usted diez kopecs solamente?”

¡Qué iba a decirle, Várinka! El corazón me sangraba al escuchar aquella petición de los diez kopecs. ¡En comparación con él resultaba yo opulento! En realidad, sólo poseía yo veinte kopecs, con los que contaba para el otro día, a fin de ir tirando hasta el día de cobrar. Así que le contesté que realmente no podía... y le expliqué la situación.

“—Diez kopecs, diez, nada más, padrecito, que nos morimos de hambre, Makar Aleksiéyevich...”

Entonces fui yo y saqué el dinero del cajón y le entregué mis últimos veinte kopecs... Siempre era aquella una buena obra. Sí, la miseria... ¡Quién la conoce!

Luego se entabló entre nosotros una breve conversación y yo le pregunté de pasada cómo era que había venido a verse en tanto apuro, y cómo además, vivía en un cuarto cuya renta mensual era de cinco rublos de plata, nada menos.

Entonces me explicó su situación. Había tomado el cuarto por seis meses y pagado tres por adelantado. Pero luego se pu-

sieron sus cosas tan malas, que no pudo pagar ya los otros meses y tampoco reunir el dinero necesario para mudarse de habitación. Entretanto, aguardaba inútilmente el desenlace de su expediente.

¡Pero un expediente es cosa tan complicada, Várinka!

Sepa usted que se trata de las irregularidades de cierto comerciante que en los suministros a la Corona cometió no sé qué abusos. Estos abusos se descubrieron, y el comerciante dio con sus huesos en la cárcel, pero entonces buscó modo de complicar a Gorschov en el asunto.

Verdaderamente, sólo se puede acusar a Gorschov, en todo caso, de cierta negligencia, de no haber inspeccionado bastante los suministros y desatendido los intereses de la Corona. Pero sea como fuere, el asunto lleva ya dos años tramitándose y todavía no se ha hecho plena luz en él, por lo que no acaban tampoco de reconocer la inocencia de Gorschov. “Pero el deshonor que me atribuyen –dice el propio Gorschov– y del engaño y del encubrimiento no soy culpable en lo absoluto”. Lo cual no ha sido óbice para que lo dejaran cesante por esta razón, no obstante no podersele demostrar, como ya dije, concretamente su culpabilidad. Tampoco ha podido recuperar una cantidad, no despreciable, de dinero que le pertenece y que el comerciante le reclama ahora, siendo esto tanto más de sentir cuanto que al mismo tiempo se le dilata también la hora de reconocer su inocencia.

Yo creo lo que él me dice, Várinka; pero el Tribunal piensa de otro modo. Es ése, como digo, un asunto tan enrevesado, que no se podrá desenrollar en cien años. En cuanto se ha aclarado un poquito, va el comerciante y vuelve a arrojar en él nueva oscuridad, con lo que otra vez cambia el cariz de todo.

Yo compadezco de todo corazón la desgracia de Gorschov; yo me identifico en esto con él. Un hombre sin colocación no la encuentra nunca, pues ya se corrió la voz de su ineptitud. Lo

que el pobre Gorschov tenía ahorrado ya se lo ha comido. El asunto se puede dilatar aún quién sabe cuánto... pero ellos tienen que vivir... y de pronto, en circunstancias tan poco propicias, se le ocurre venir al mundo a un nene... lo cual, naturalmente, causó gastos. Luego el niño se puso enfermo y se murió... nuevos gastos también la mujer está enferma y él mismo padece no sé qué mal contagioso.

En una palabra: que su suerte es muy triste, muy triste. Por lo demás, dice él, la cosa tiene que resolverse dentro de unos días, y seguramente a favor suyo, de esto no hay que dudar.

Sí, me da compasión, pero mucha compasión, hijita mía. Yo lo he tratado en términos de la mayor afectuosidad. El pobre se ha vuelto la mar de tímido, anhela una palabra de aliento, algo bueno y afectuoso.

Bueno; quede usted con Dios, hija mía; Cristo sea con usted y consérvese buena.

Su sincero amigo,

Makar Dievuschkin

9 de septiembre

Mi querida hijita Varvara Aleksiéyevna: le escribo a usted completamente fuera de mí, como estoy. Ese incidente me ha excitado, tanto me ha excitado como para perder el sentido. En la cabeza todo me da vueltas aún. Siento realmente que todo gira en torno mío.

¡Si ni siquiera pudiéramos haberlo soñado! ¡Aunque... yo creo haberlo presentado todo, sí!

¡Ahora oiga usted lo que me ha sucedido!... Se lo contaré todo, sin cuidar esta vez del estilo; con toda sencillez, según me inspire Dios.

Bueno, pues esta mañana me dirigí, como de costumbre, a la

oficina. Voy allí, me siento y me pongo a escribir. Ya sabe usted que también escribí ayer. Precisamente ayer fue cuando se acercó a mi mesa Timofei Ivánovich y me dijo: “Aquí tiene usted un importante documento que ha de copiar a la carrera. Así que póngase a ello en seguida... ¡Buena letra y mucho cuidado! Su Excelencia quisiera tenerlo hoy mismo a la firma...”

Empezaré por advertirle, hijita, que ayer no estaba yo como es preciso estar... Es decir, yo no dejaba traslucir nada, pero me abrumaba el dolor y la pena. Sentía frío en el corazón y tinieblas en el cerebro.

Bueno; pues me pongo a copiar... a copiar con buena letra y con mucho cuidado, cuando... No sé verdaderamente cómo explicárselo a usted, si fue que él... ¡alabado sea Dios!, en persona me condujo la mano o cualquier otra fuerza misteriosa, o si sencillamente no tenía más remedio que ocurrir aquello..., lo cierto es que al copiar me salté todo un renglón. De lo que Dios sabe el desatino que se originó en el texto, probablemente un absurdo. Pero el documento quedó listo ayer a última hora, y esta mañana le fue presentado a Su Excelencia a la firma.

Bueno; pues hoy por la mañana... voy, como de costumbre, y ocupo mi sitio junto a Yemelia Ivánovich. Debo decirle, hija mía, que desde hace algún tiempo siento más vergüenza y tiendo más que antes a esconderme. Sí; en estos últimos tiempos ya he perdido el valor para mirar a la gente a la cara. Apenas oigo moverse una silla, cuando ya me tiene usted más muerto que vivo.

Pues en ese estado de ánimo me encontraba hoy; yo me hacía un ovillo y me estaba muy quietecito en mi sitio, como un erizo, de suerte que Yefim Akimovich, de repente, me dijo en voz alta, de modo que todos lo oyeran:

“—Hombre, Makar Aleksiéyevich, ¿por qué estás sentado de ese modo, que pareces una U?”

Y al decir esto hizo un mohín tal, que todos los presentes se

caían de risa, naturalmente, a mi costa, no a la suya. Yo me apreté las orejas y me tapé los ojos y no hice el menor movimiento. Eso es lo que hago siempre cuando los otros empiezan con sus bromas; y así es como le dejan a uno en paz.

Pero de pronto oigo unas voces excitadas, unos pasos presurosos, carreras y voces.

Oigo..., ¿pero no será que me engañan mis oídos?... Oigo que me llaman, que me llaman por mi nombre, que llaman a Dievuschkin.

¡El corazón me palpita y siento que por el cuerpo todo se me mete un miedo como nunca lo he pasado en mi vida!

Continúo sentado en mi silla, cual si hubiera brotado de ella... Pero los gritos siguen cada vez más cerca, encima mismo. “¡Dievuschkin!” Yo abro los ojos; delante de mí está Yevstaki Ivánovich..., y yo le oigo decir todavía: “Makar Aleksiéyevich, que le llama Su Excelencia, pronto. ¡Nos ha proporcionado con su copia un trastorno terrible!”

Esto fue todo lo que me dijo, pero era bastante. Yo me quedé tieso, muerto; sencillamente, no sentí nada más, y fui hacia el despacho del ministro... ¡Es decir, iban mis pies, porque lo que es yo estaba más muerto que vivo! Me condujeron por una habitación, luego por otra y otra más..., hasta el despacho de Su Excelencia... Y entonces fue cuando me di cuenta de dónde estaba. No puedo decirle a usted nada en absoluto sobre lo que pensaba en ese momento. Sólo veía que allí estaba Su Excelencia en pie, y, a su alrededor, todos los demás.

Creo que ni siquiera le hice una reverencia; se me olvidó hacérsela. Tan emocionado estaba, que me temblaban los labios y las piernas. ¡Pero no me faltaba motivo para ello, hijita! En primer lugar, porque sentía mucha vergüenza, y luego, que al volver casualmente la vista a la derecha y verme en un espejo, tuve motivo sobrado para haberme desplomado en tierra. Bueno; pues de pronto exclamó Su Excelencia muy enojado:

“—Pero ¿se puede saber qué desatino ha puesto usted aquí, hombre? ¿En dónde tenía usted los ojos? ¡Un documento tan importante, que hay que enviarlo urgentemente! ¡Y va usted y pone en él semejante despropósito! ¿En qué estaba usted pensando, hombre?”

Y al mismo tiempo se volvía Su Excelencia a Yevstaki Ivánovich. Yo sólo cogía palabras sueltas que parecían venir del más allá: *¡Descuidado! ¡Negligencia!.. ¡Sólo sirve para dar desazones!..*

Yo abrí la boca, pero no dije nada. Quería disculparme, pedir perdón, pero no podía. Echar a correr... En eso no había que pensar; pero..., bueno, de pronto ocurrió algo..., algo, hijita, que aun ahora mismo me avergüenzo de referir..., y fue que mi botón... ¡el diablo se lo lleve!..., mi botón, que se sostenía pendiente de un hilo, fue y saltó de pronto y dio en el suelo y, rodando, rodando, fue a caer en los mismos pies de Su Excelencia, rodando, rodando, en medio del silencio sepulcral que allí imperaba...

¡Aquella fue toda mi justificación, toda mi disculpa, todo cuanto tenía que decir a Su Excelencia!

Las consecuencias fueron inmediatas. En seguida, Su Excelencia se fijó atentamente en mi aspecto y en mi traje. Yo pensé que me miraba en el espejo... Con esto está dicho todo... Y de repente, me agaché para coger el botón y de nuevo colocar en su sitio al desertor inoportuno...

¡Yo había perdido totalmente el juicio!

Me agaché y tendí la mano para coger el botón, pero éste seguía rodando como una peonza, siempre en redondo, y yo, por más que hacía esfuerzos, hasta en punto a habilidad me estaba luciendo! Y de pronto sentí que me abandonaban mis últimas energías y que todo estaba perdido. ¡Toda dignidad había desaparecido: el hombre estaba aniquilado en mí!

Al mismo tiempo empezaron a zumbarme los dos oídos y me parecía como si por detrás de la pared escuchara los insultos de Teresa y Faldoni, según los estoy oyendo siempre insultarme en la cocina.

Finalmente, logré atrapar el botón, me incorporé... Pero en vez de reparar entonces en cierto modo mi necesidad y mantenerme con el cuerpo rígido y las manos en la costura del pantalón..., en vez de eso, voy y me pongo a querer sujetar el botón en el sitio de donde se había desprendido y de donde ahora sólo colgaban dos hilachas, ¡como si pudieran adherirse allí, y todavía me reía yo del lance, sí, señor; ¡tenía la frescura de reírme!

Su Excelencia se volvió primero a un lado, pero luego tomó a reparar en mí... y le oí decir a Yevstaki Ivánovich:

“—Hombre..., mire usted... ¡Fíjese qué facha!... ¿Cómo es que va así? ¿Qué le sucede?”

Luego, oí a Yevstaki Ivánovich contestarle:

“—No hay motivo para culparlo de nada, Excelencia; hasta ahora siempre observó una conducta modelo... Tiene buena letra... Cobra su sueldo...”

—Bueno..., pues entonces vea usted la forma de ayudarle —repuso el ministro—. Déle usted algún anticipo...

—Es el caso que ya se le ha dado ese anticipo con exceso; tiene ya cobrado el sueldo de no sé cuántos meses. Por lo visto se halla ahora en unas condiciones especiales... Pero, por lo demás, su conducta, como digo, es ejemplar, irreprochable...”

Yo me sentía como si estuviera en el centro de un círculo de llamas infernales, ¡que me quemaban y achicharraban vivo! Yo... Nada, sencillamente había exhalado el último suspiro, sí; me había muerto y muerto estaba.

“—Bueno —dijo de pronto Su Excelencia en voz alta—, esto hay que volver a copiarlo. Dievuschkin, venga acá; va usted a copiarlo esto otra vez, sin una falta; y ustedes, señores...”

Al decir esto se volvió Su Excelencia a los demás y empezó a encargarles distintas cosas, después de lo cual se fueron ellos retirando. Pero apenas había salido el último, cuando de pronto sacó Su Excelencia su cartera y de ella extrajo un billete de cien rublos.

“—Mire, esto es todo lo que puedo... Tómelo usted... Acéptelo...”

Y así diciendo, me ponía el billete en la mano.

Yo, ángel mío, me estremecí con el alma toda conmovida; no sé decir más de aquello. Intenté cogerle la mano para besársela, pero él se puso encarnado, y..., no me aparto en esto un pelo de la verdad..., y me cogió esta mano indigna y me la estrechó; nada, que me la cogió sencillamente y me la estrechó exactamente cual si hubiera sido la mano de su igual, de algún personaje empingo-rotado como él.

“—Bueno, retírese ya —dijo—. En lo que pueda servirle... Cópieme esto otra vez, pero procure no cometer ninguna falta. Y esta otra copia se puede ya romper...”

Bueno; pues ahora, hijita, escúcheme usted lo que he pensado: rogarle a usted y a Fidora, como se lo ordenaría a mis hijos si los tuviera, que al dirigirse en sus oraciones a Dios no le pidan por su padre carnal, sino por Su Excelencia; pero que por éste le recen todos los días, hasta el último su existencia.

Y aún tengo algo que decirles, y se lo voy a decir solemnemente... Así que esté atenta, hija mía, pues le juro que yo..., por grande que fuera mi necesidad y por mucho que me hiciese sufrir nuestra falta de dinero, cuando pensaba en su necesidad y en los apuros de usted y, por ende, en mi humildad de condición y mi inutilidad..., no obstante todo eso, le juro que estos cien rublos no tienen para mí tanto valor como ese rasgo de Su Excelencia al darme a mí, al borracho, al ruin entre los ruines, su mano y dignarse estrechar esta indigna mano mía.

¡Con este rasgo me ha restituido Su Excelencia en mi verdadero ser! ¡Con eso me ha resucitado de entre los muertos, me ha endulzado para siempre la vida, y estoy firmemente convencido de que..., por pecador que pueda yo resultar a los ojos del Altísimo..., han de llegar hasta el trono de Dios y han de ser oídas mis preces por la dicha y prosperidad de Su Excelencia!...

Estoy ahora en una gran excitación, cual nunca la experimenté. El corazón me palpita y da saltos, y me siento tan rendido cual si fueran a abandonarme todas mis fuerzas.

Le incluyo 45 rublos; 20 le he dado a la patrona y los otros 35 me los reservo: 20 para emplearlos en comprarme algunas piezas de ropa, y, los otros 15 para seguir tirando.

Bueno; todas esas impresiones de esta mañana me han dejado tan rendido, que me encuentro muy débil. Tendré que acostarme. Estoy ahora, por lo demás, completamente tranquilo, absolutamente tranquilo. No tengo más que cierto peso en el corazón, y allá, no sé dónde, en lo hondo, siento como si el alma me temblase y aleteara.

Ya iré a verla a usted...

Estoy aún como trastornado por todas esas impresiones... ¡Dios lo ve todo, hijita; todo!

Su digno amigo,

Makar Dievuschkin

10 de septiembre

Mi queridísimo Makar Aleksiéyevich: Me alegro infinitamente de su dicha, y sé estimar en cuanto vale la ayuda de su superior. Así podrá usted, por fin, respirar y descansar de sus preocupaciones.

Pero he de hacerle ahora una súplica: ¡Por Dios, no vuelva usted a gastar el dinero en cosas inútiles!

¡Haga usted una vida tranquila y ordenada, lo más económica posible, y, se lo ruego, empiece usted desde mañana a apartar todos los días algún dinerillo para que no vuelva usted a encontrarse en tanto apuro!

De nosotras, a decir verdad, no tiene usted que preocuparse. Nosotras ya nos arreglaremos. ¿Por qué nos ha mandado us-

ted tanto dinero, Makar Aleksiéyevich? ¡Si no nos hace falta!... Tenemos bastante con el que ganamos. Cierto que dentro de poco necesitaremos alguna cantidad para la mudanza; pero Fiodora espera que, de aquí para entonces, le habrán pagado una deuda antigua. De todos modos, me reservo, por si acaso, veinte rublos, y le devuelvo a usted lo demás. ¡No considere usted el dinero como cosa superflua, Makar Aleksiéyevich!

¡Adiós, amigo mío! Viva usted tranquilo y consérvese sano y alegre. Por mi gusto prolongaría esta carta; pero me siento muy cansada. Ayer estuve en cama todo el día.

Está muy bien eso que dice de visitarnos. No tarde en hacerlo, Makar Aleksiéyevich. Le esperamos.

Suya,

V. D.

11 de septiembre

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Le suplico, cariño mío, no vaya a olvidarme ahora que soy completamente feliz y todo lo hallo a medida de mi deseo. ¡No le haga caso a Fiodora! Yo le prometo a usted hacer todo cuanto quiera. Me conduciré bien en adelante, pues aunque sólo fuere por atención a Su Excelencia, me he de portar de una manera digna y decorosa. Volveremos a escribirnos cartas alegres y a comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos y también nuestras alegrías y preocupaciones..., si es que hemos de tener estas últimas..., y de nuevo volveremos a vivir una vida feliz y en buena armonía... Nos dedicaremos a la literatura...

Todo en mi vida tiende ahora hacia lo mejor. Mi patrona vuelve a admitirine al diálogo. Teresa se ha puesto mucho más inteligente, y hasta Faldoni es ya más servicial.

Me he reconciliado con Ratayasev. La alegría que experimentaba me llevó a él de nuevo. Es un chico realmente bueno, y

todo lo malo que de él han dicho es un puro error y un disparate; ahora he podido comprobar muy bien que todo era una odiosa calumnia. No es verdad que pensase nunca en hacer una sátira a costa nuestra. El mismo me lo ha asegurado. Me ha leído su nueva obra. Y respecto a eso de que me hubiese puesto el apodo de *Tenorio*, bueno..., pues eso no es nada malo, ni tampoco ninguna denominación ofensiva. El ha explicado su significación. Eso de *Don Juan* es una palabra extranjera, y viene a significar poco más o menos: *un hombre listo*, o para expresarnos en un lenguaje más pulido, más literato, por decirlo así: *un conquistador caballero*. Eso es, para que usted vea lo que significa, y no nada... ¡distinto! De modo que no pasaba de ser una broma suya inofensiva... ¡Y yo, ignorante de mí, que lo había tomado por una ofensa! Bueno; pero ya le he dado hoy mis excusas...

¡Qué tiempo tan hermoso tenemos hoy! Verdad que por la mañana hemos tenido un poco de hielo; pero eso no importa: así está más fresco el aire. Me compré un par de botas... ¡unas botas verdaderamente lindas! Luego fui a dar un paseo por la Nevskii.

Bueno; ¡me han trastornado tanto los últimos acontecimientos! ¿Tiene usted leña para el hogar? ¡procure usted no enfriarse, cual con frecuencia ocurre!

Yo le pido a Dios que vele por usted y la proteja. Si le faltase a usted algo, no ofenda a este pobre viejo: acuda a mí en seguida. ¡Ya pasaron los tiempos malos, y la vida se nos muestra radiante y hermosa!

¡Pero fueron muy tristes aquellos tiempos, Várinka!

Cuando se haya cumplido el año podremos recordar esos tiempos sonriendo. ¿No es verdad, lo mismo que hoy recordamos nuestra infancia? A veces no tenía uno ni un solo kopek en el bolsillo. Pasaba frío y hambre; pero siempre estaba contento. Por la mañana se iba uno a caminar por la Nevskii, se tropezaba con una cara bonita..., y ya se le habían acabado las penas para todo el día.

¡Da gusto vivir en este mundo, Várinka! Sobre todo, en San Petersburgo...

He oído decir que por estos alrededores hay quien vende un uniforme. Bien; pues me pondré un poco más elegante...

¡Consérvese bien, querida!

Su devotísimo,

Makar Dievuschkin

15 de septiembre

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Estoy en un estado de agitación espantoso. Oiga usted lo que me ocurre. Juzgue usted por sí mismo, amigo mío: ¡el señor Bukov está en San Petersburgo!

Fiodora se lo ha encontrado. El pasó en coche junto a ella; la reconoció, mandó en seguida parar, se dirigió a ella, y le preguntó dónde vivía. Fiodora, naturalmente, no se lo dijo. Y entonces él insinuó, sonriendo, la observación... que él ya sabía quién vivía con ella. (Por lo visto se lo ha contado todo Anna Fiodórovna). Fiodora, al oír aquello, se puso furiosa y empezó a hacerle cargos en plena calle, diciéndole que era un inmoral y que él solo tenía la culpa de mi desgracia. El le contestó que cuando no le tiene un kopec, fuerza es ser desdichado.

Dice Fiodora que ella le explicó que yo me gano muy bien la vida con mi trabajo que puedo casarme o, en último término, buscar una colocación; pero que mi felicidad la perdí para siempre; que estoy muy enferma y no tardaré en morir.

A esto él respondió que todavía era yo muy joven, que aún tengo la cabeza llena de pajaritos y que mis buenas cualidades se habían enturbiado un poco.

Fiodora y yo creíamos que él ignoraba dónde vivíamos, cuando, de pronto, ayer..., apenas había yo salido a comprar algunas cosas en el Gostinyi Dvor, va y se presenta en casa. ¡Por lo visto

no quería encontrarse aquí conmigo! Empezó a hacerle a Fiodora un sinfín de preguntas relativas a nuestro género de vida, observándolo todo con mucha atención, incluso mis labores. Luego preguntó:

—¿Y quién es ese empleado amigo vuestro?

En ese instante usted cruzaba el portal, y Fiodora fue y se lo indicó; él se asomó en seguida a la ventana, y luego se echó a reír. A la intimación de Fiodora de que se fuese pues yo estaba por volver y no me sería nada agradable encontrarlo en casa a mi regreso, no dijo nada, permaneció un instante silencioso. Finalmente, se empeñó en darle a Fiodora veinticinco rublos, que ella naturalmente no aceptó.

¿Qué querrá decir todo esto? ¿Por qué y para qué habrá venido a nuestra casa? No acabo de explicarme cómo ha podido enterarse de dónde vivimos. Me pierdo en conjeturas...

Al contarme ayer Fiodora lo ocurrido me entró tal susto, que casi me desmayé... de angustia. ¿Qué querrá de mí ese hombre? ¡Yo que no quiero saber nada de toda esa gente!

A cada instante me parece que Bukov va a presentarse ante mi vista. ¿Qué va a ser de mí?

¡Por el amor de Dios, venga usted en seguida! ¡Se lo suplico; venga usted!

18 de septiembre

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Hoy ha ocurrido en nuestra casa algo infinitamente triste, inexplicable e inesperado.

Lo primero fue que a nuestro pobre Gorschkov lo declararon inocente en el proceso. Hace ya tiempo que se había fallado aquél; pero hasta hoy no ha sido a firme la sentencia.

El asunto concluyó, por tanto, de un modo muy favorable para aquellas cosas de que lo acusaban...: descuido, negligencia, el resultado sin fundamento. El Tribunal reconoció su honora-

bilidad condenó al comerciante a pagarle a Gorschov aquella importante, que le dije, de suerte que de un golpe mejoró su situación extrema, ya que el dinero se lo sacarán seguramente, por la vía judicial, al comerciante. Pero lo más importante es que el pobre se veía ya libre de aquella mancha en su honra que la denuncia le había echado. En una palabra: había logrado todos sus deseos.

Cerca de las tres de la tarde llegó a casa. Costaba trabajo reconocerlo. Venía con la cara blanca. Le temblaban los labios y, al mismo tiempo, se sonreía..., y así fue abrazando a su mujer y a los chicos. Nosotros, todos, formando un grupo, nos acercamos a felicitarle. Creo que nuestra actitud le conmovió mucho, pues se deshacía dándonos las gracias y nos estrechó la mano a cada uno varias veces. ¡Qué emocionado estaba el pobre! No se estaba quieto ni dos minutos en el mismo sitio; se sentaba y volvía a levantarse y a sentarse de nuevo.

Una vez dijo: “Mi honra, sí, mi honra, una buena reputación... puedo dejarles ya a mis hijos...” Tenía los ojos llenos de lágrimas, y también a nosotros nos faltaba poco para llorar.

Varias veces repitió como para sí mismo: “¡Gracias a Dios!”... Su mujer le sirvió una comida algo más abundante y mejor que de costumbre. Nuestra patrona misma la había aderezado. Después de comer, le dijo a su mujer:

“—Ahora quisiera descansar un poco...”

Y se fue y se acostó en su lecho.

La mujer dice que estuvo sentada a su cabecera más de media hora, pero que no puede precisar en qué pensaba, aunque estaba sumida en reflexiones; pero que sí puede decir que se había olvidado por completo del marido.

Pero de pronto volvió en sí, despabilada de su ensimismamiento por cierta intranquilidad, y que entonces se sorprendió del silencio sepulcral que había en la habitación.

Miró a la cama, vio que su marido seguía acostado como hacía hora y media.

Entonces se acercó y lo tocó... Pero lo encontró ya frío, porque estaba muerto; se había muerto Gorschkov de repente, como herido del rayo.

¡Sólo Dios sabe cuál habrá sido la causa de su muerte!

Este acontecimiento me ha hecho tanta impresión, Várinka, que aún no me he dado cuenta cabal de él.

No puedo creer que un hombre pueda morir así... ¡tan sencillamente! ¡Pobre Gorschkov! ¿Por qué había de morir hoy, que precisamente era para él un día de alborozo?

¡Sí; el sino, el sino!

Su mujer está casi deshecha en llanto, toda trastornada todavía por efecto de la penosa impresión. En su habitación hay ahora un ir y venir constante. Hay que practicar ahora una inspección facultativa... No sé si se llama así...

¡Qué pena! Es muy triste pensar que de un momento a otro... ¡se muere uno sin más ni más, y se acabó!...

Suyo,

Makar Dievuschkin

(Sin fecha)

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a comunicarle que Ratasayev me ha proporcionado trabajo, trabajo de un escritor... Hoy vino uno a verme y le traje un manuscrito enorme. Sólo que están las cuartillas escritas de un modo tan ilegible, que no sé cómo voy a descifrar la letra, y además, quiere el trabajo en seguida. En cuanto al precio, nos hemos puesto de acuerdo ya: cuarenta kopecs por pliego.

Le cuento esto, hija mía, para hacerle saber que ahora ya cuento con una entrada extraordinaria sobre mi sueldo. En seguida pongo manos a la obra.

Su fiel

Makar Dievuschkin

23 de septiembre

Mi fiel amigo Makar Aleksiéyevich: Han pasado tres días sin escribirle, amigo mío, y, sin embargo, no me han faltado preocupaciones e inquietudes en este tiempo.

Hace tres días justamente estuvo aquí Bukov. Me encontraba sola, pues Fiodora había salido.

Abrí la puerta y me asusté al verle, de tal modo, que no podía moverme del sitio. Me sentía palidecer. El entró en casa, riendo, según costumbre; cogió, sin más cumplimientos una silla y se sentó; yo tardé un rato en recobrar la serenidad. Por último, volví a la ventana a trabajar. Pronto él dejó de reír. Por lo visto hubo de sorprenderle mi aspecto. Me he desmejorado mucho en los últimos tiempos: tengo hundidos los ojos y las mejillas, y estaba, además, pálida como una muerta... Sí; debe de darles mucha pena verme a los que me vieron hace un año...

Bukov me estuvo observando largo rato con mucha atención, y, por último, se le alegró el semblante. Hizo no sé qué observación..., a lo que yo ni siquiera recuerdo lo que contesté... Y volvió a sus risas.

Una hora entera se estuvo allí sentado junto a mí, marcándome a preguntas y charlando con toda desenvoltura. Finalmente, antes de irse, me cogió la mano y me dijo:

“—Varvara Aleksiéyevna, voy a decirle una cosa en confianza: Anna Fiodórovna, su parienta de usted y mi antigua amiga, es una mujer sumamente vulgar. Ahora ha apartado a su prima del camino recto, y también a usted quiso conducirla a la perdición. Sí; pero yo también me porté en esa ocasión como un infame; pero, en fin, no perdamos el tiempo en hablar de cosas inútiles, que ése es el pan nuestro de cada día, cosas que la vida trae consigo...”

Y volvió a reír. Luego hizo observar que no tenía nada de orador brillante; que lo único que tenía que decir era lo que su

decoro le impedía sencillamente callar, y eso ya lo había dicho, y que, por lo tanto, se limitaría a explicar el resto en dos palabras.

Y así lo hizo: dijo que seguía solicitando mi mano, que consideraba deber suyo devolverme mi honra, que es rico, y que, después de la boda, me llevaría consigo a sus posesiones de la región esteparia. Allí pensaba cazar liebres; pero tenía el propósito de no volver nunca a San Petersburgo, pues le repugnaba la vida en las grandes ciudades. Además, que tiene aquí un sobrino, un holgazán que nada bueno promete, según él dice, y se ha jurado a sí mismo dar al traste con sus esperanzas de heredarlo. Por todo lo cual ha resuelto contraer matrimonio, es decir, que quiere dejar herederos directos. Luego se extendió en consideraciones sobre nuestro cuarto; dijo que no tenía nada de particular que yo estuviera enferma viviendo en tal tugurio, y me profetizó una muerte próxima si seguía viviendo aquí. “En San Petersburgo todas las viviendas son malas”, dijo.

Yo estaba tan sobrecogida por su proposición que, sin yo misma saber por qué..., rompí a llorar.

El atribuyó aquellas lágrimas a mi agradecimiento, y salió diciendo que hacía tiempo estaba convencido de que yo era una buena chica, sensitiva e ilustrada; pero que no se había decidido hasta entonces a hacerme aquella proposición, pues había querido antes informarse al pormenor de mí y de mi género de vida.

Añadió que usted era un hombre de bien y que él no quería quedarle debiendo nada. ¿Se contentaría usted con quinientos rublos por todo por cuanto por mí ha hecho?

Al contestarle yo que usted había hecho por mí cosas que no se pagan con dinero, me dijo que eso era absurdo; que esas cosas están bien en las novelas, que yo soy muy joven todavía y miro la vida a través de los libros; pero que las novelas sólo sirven para inculcarles a las muchachas ideas extravagantes y, en general, según él, los libros sólo conducen a corromper las costumbres, por lo que él no podía sufrirlos.

Luego me invitó a meditar sobre su proposición y a pesar maduramente todas las razones, pues no le parecía bien que yo diese, sin reflexionarlo bien, paso tan importante, y añadió todavía que el aturdimiento y las resoluciones precipitadas suelen ocasionar la perdición de las jóvenes inexpertas; pero que, a pesar de todo, era su mayor deseo obtener de mí una respuesta afirmativa, ya que en otro caso se vería precisado a casarse con la hija de cierto comerciante de Moscú, porque, como ya dijo, había hecho juramento formal de no dejarle bienes a aquel sobrino tan inútil.

Después de todo esto, se levantó y puso quinientos rublos en mi bastidor para alfileres, según dijo, y, casi valiéndose de la fuerza, me obligó a no levantarme de mi asiento. Para terminar, dijo que en sus posesiones del campo habría de ponerme como una torta de gorda y sanota, y que allí podría dormir cuanto quisiese.

Según parece, tiene aquí muchísimo que hacer; los negocios le llevan casi el día entero, por lo que sólo había venido a verme unos minutos... Y diciendo esto, se fue...

Yo he reflexionado mucho ya sobre todo esto, y le he dado vueltas en todos los sentidos, y, por último, amigo mío, he tomado mi resolución: sí, me casaré con él; debo aceptar su proposición. Si alguien puede salvarme de mi vergüenza, devolverme mi honra y tenerme en el porvenir a cubierto de la pobreza y los apuros y la desdicha, es él únicamente.

Fiodora dice que no hay que gastar bromas con la suerte; sólo que se pregunta, sollozando, si a esto puede llamarse suerte.

Yo tampoco encuentro otra solución para mí, amigo mío. ¿Qué debo hacer? Con la labor he perdido ya la salud. Trabajar sin interrupción... es cosa superior a mis fuerzas. Claro que no es ningún paraíso a donde voy a ir ahora; pero ¿qué debo hacer?

No le he pedido a usted consejo, porque quería meditarlo

bien todo yo sola. Mi resolución se mantiene firme, y voy en seguida a escribirle a Bukov, que ya estará impaciente aguardando mi respuesta, participándole que acepto. Dicen que Bukov es buena persona; si es así, me cobrará afecto, y puede que yo también se lo tome a él. Y ¿qué más se puede esperar de nuestra boda?

Se lo comunico a usted todo, Makar Aleksiéyevich, porque sé que podrá comprender mi dolor.

No intente usted disuadirme de mi propósito. Sus esfuerzos serían infructuosos. Pese usted más bien en su corazón todas las razones que me han conducido a dar este paso.

Ahora ya estoy más tranquila. Lo que me aguarde... lo ignoro. Lo que haya de ser, será, según Dios lo disponga...

En este momento llega Bukov, y no puedo terminar esta carta.

¡Tenía aún muchas cosas que decirle!...

V.

23 de septiembre

Hija mía, Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a contestarle. Sí, hijita, aún no salgo de mi asombro. Todo esto, supongo, será algo seguramente distinto...

Ayer dimos sepultura a Gorschov.

Sí; ésta es la verdad, Várinka, la pura verdad; Bukov se ha portado muy honradamente; pero dígame una sola cosa, hijita: ¿Le dio ya usted el sí? Naturalmente que en todo esto se manifiesta la voluntad de Dios.

La Providencia del Divino Hacedor, aunque inescrutable, no tiene nunca más objeto que la felicidad de los mortales, y la suerte procede exactamente, exactamente igual que Dios.

Fiodora toma parte también en sus sentimientos. Claro; como

que usted va ahora a ser feliz; a vivir en la riqueza y la abundancia... Pero dígame una cosa, Várinka: ¿Por qué tan pronto?... ¡Ah, sí, los negocios!...

Yo tuve ocasión de verlo al salir de su casa de usted. Es un hombre imponente, incluso excesivamente imponente, es decir, que impone con su presencia.

Yo, mire usted, yo no soy ya el mismo. ¿Cómo vamos a poder escribirnos en lo futuro? Y yo..., sí, yo... ¿cómo voy a poder seguir aquí tan solo?

Llevo ya copiados cerca de veinte pliegos, cuando surge de pronto este acontecimiento.

Si usted se va de aquí, tendrá que comprarse antes una porción de cosas; varios pares de zapatos y varios trajes, ¿no es verdad? Bueno; pues yo me he acordado de que conozco un buen almacén en la Gorojovaya. Usted tiene que hacer compras importantes; tiene usted que alquilar un coche.

Además, ¡hace ahora tan mal tiempo! Ya lo ve usted: no hace más que llover a cántaros, sin parar un momento, y además..., que va a hacer frío, y va a enfriársele el corazoncito, se le va a helar a usted...

¡Cómo es posible que me deje aquí solo!

¿Irás hoy al templo, a la misa de la tarde? Yo también iré allá, hijita, con tal de verla un poquito.

Makar Dievuschkin

27 de septiembre

Querido Makar Aleksiéyevich: Dice el señor Bukov que debo llevar allá, por lo menos, tres docenas de camisas blancas. Así que necesito buscar a toda prisa costureras que me hagan dos docenas, pues tenemos el tiempo justo.

Nuestra boda se celebrará de aquí a cinco días, y al otro

partimos. El señor Bukov tiene mucha prisa, y dice que no se debe perder tanto tiempo en estas fruslerías.

Yo estoy tan cansada de todo este trajín, que apenas me puedo tener en pie. Tengo todavía que despachar una montaña de trabajo y, sin embargo, sabe Dios si sería preferible que no hiciesen falta tantas cosas. Y no es eso todo: no tenemos encajes bastantes y hemos de comprar algunos más, pues dice el señor Bukov que no quiere que su mujer vaya vestida como una cocinera.

De suerte que, querido Makar Aleksiéyevich, es preciso que vaya usted a casa de madame Chiffon (ya sabe usted, en la Gorojovaya) y le diga qué me envíe lo antes posible algunas costuras, esto es lo primero; y, en seguida, que también usted despache a toda prisa mi encargo, para lo cual tomará usted un coche.

Yo no estoy bien. En este nuestro piso hace tanto frío y está todo en un desorden que mete miedo. La tía del señor Bukov apenas si puede respirar de puro vieja y achacosa. Mucho me temo que exhale el último suspiro antes de emprender nosotros el viaje de bodas. Pero el señor Bukov dice que no es de temer tal cosa, que ya se repondrá.

¡Ah! Dígale a madame Chiffon que cambie los encajes y busque otros nuevos que le vengan bien a la muestra que elegí ayer y que luego venga a verme para enseñarme los que ha escogido. ¡Ah!, y encárguele también que las iniciales de los pañuelos las hagan caladas y no sencillas... ¡No se le olvide a usted: caladas! También dígale que las hojitas que lleva la pelerina deben estar muy bien cosidas, los pámpanos en cordoncillo, y que a la gorguera le ha de poner encaje ancho. ¡Explíqueselo bien!

Suya,

V. D.

Post Scriptum: Me da vergüenza volverlo a molestar a usted con mis encargos. Anteayer lo tuve a usted corriendo de acá para allá toda la tarde. ¡No se enfade conmigo! ¿Qué va a ser de mi amigo Makar Aleksiéyevich? Miedo me da de sólo pensar en el futuro. Me acometen mil presentimientos malos y tengo la cabeza como atontada.

V. D.

27 de septiembre

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: He cumplido a conciencia sus encargos. Dice madame Chiffon que ya había pensado en hacer las letras caladas; que así es más distinguido... No sé si fue exactamente lo que me dijo, pues no lo entendí bien, pero fue algo por el estilo.

Esta mañana no he ido a la oficina. No se preocupe usted, hijita, no ha sido por nada grave. Con tal de procurarle a usted paz y sosiego, estoy dispuesto a visitar todas las tiendas de San Petersburgo. Me escribe usted que le da miedo mirar el porvenir o pensar en él.

Pues hoy, a las siete, ha de salir usted de dudas. Madame Chiffon va a ir a su casa... Así que tenga usted paciencia. Piense que quizás todo acabe bien.

Dentro de un ratito iré a verla; ya por dos veces me he aproximado a su puerta; pero Bukov, es decir, el señor Bukov, tiene muy mal genio y no le haría mucha gracia... ¿Verdad?...

Suyo,

Makar Dievuschkin

28 de septiembre

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Por amor de Dios, dése usted prisa a ir a la joyería. Dígale usted al dueño que no me haga ya

los pendientes con perlas y esmeraldas. Dice el señor Bukov que son muy caros y que van a abrir una brecha en sus bolsillos.

Está muy enfadado. Dice que sin eso ya le estoy saliendo por un ojo de la cara y que lo estamos desplomando. Ayer dijo que si hubiera podido presumir estos gastos no habría precipitado tanto las cosas.

Dice que inmediatamente después de la boda tenemos que emprender el viaje, y que no vaya a hacerme ilusiones: que a la boda no ha de haber invitados ni se ha de bailar en ella, que las fiestas se han de celebrar allá en el campo, pero que no me imagine que voy a poder bailar en seguida. ¡Así mismo me lo soltó!

Y Dios sabe hasta qué punto pienso yo en esas cosas. El señor Bukov es quien todo lo ha dispuesto. Yo no me atrevo a contradecirle en nada: ¡es tan ligero de genio!

¿Qué va a ser de mí, Dios mío?

V. D.

28 de septiembre

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: El joyero dice que... está bien.

Yo, por mi parte, sólo quería decirle que estoy mal y que no puedo tenerme en pie. Precisamente ahora que hay que hacer tantas cosas y tanto necesita usted de mi ayuda, tenía yo que coger este enfriamiento. ¿No es esto absurdo?

Quería escribirle más; pero temo quitarle a usted tiempo, que puede dedicar a otras cosas. Yo, hijita, soy un hombre lerdo, sin instrucción, un ignorante que escribe, según se le ocurre, de suerte que usted a veces notará algo... Ya no sé qué quiero decir...

Suyo,

Makar Aleksiéyevich

(Sin fecha)

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Hoy he visto a Fiodora y he estado hablando con ella. Me ha dicho que mañana es la boda y que pasado mañana se marcha. El señor Bukov ha encargado ya los caballos.

He repasado las cuentas de madame Chiffon y están bien, sólo que resulta todo muy caro. Pero, ¿por qué se enfada el señor Bukov con usted? Bueno; que sea usted muy feliz, hija mía. Yo me alegro mucho de su suerte. Yo iría mañana a la iglesia; pero no puedo, hija mía; me pesa mucho mi cruz.

Pero ¿qué vamos a hacer de nuestras cartas?... Insisto otra vez en ello... ¿Cómo vamos a seguir escribiéndonos, quién se va a encargar de entregárnoslas?

Sí; eso era lo que yo quería decir; ¡se ha portado usted muy espléndidamente con Fiodora! Ha hecho usted una buena obra, digna de usted. El Señor nos bendice por cada buena acción que realizamos. Nada queda sin recompensa, y la virtud está siempre segura de recibir el galardón divino.

Le escribiría a usted todavía muchas cosas. Tengo aquí todavía un librito de su propiedad: los *Cuentos de Bielkin*, que olvide devolverle. Pero mire usted, hijita: déjemelo usted, no me lo quite, regálemelo. Ya sabe usted, hija, se echa encima el invierno; las tardes serán largas; se pondrá uno triste..., y entonces me hará mucho bien tener un libro que leer... Voy a mudarme de este cuarto al de ustedes, donde Fiodora me alquilará una habitación. De esta honrada viejecita no habrá en adelante quien me pueda separar. Además... ¡es tan trabajadora! Ayer estuve viendo la habitación que usted deja. Allí estaba todavía su bastidorcito con la labor empezada; todo lo hemos dejado intacto, según estaba. También estuve viendo sus bordados. Han quedado allí algunos zurcidillos. En un trocito de una de mis cartas había usted empezado a liar un hilo. En su mesita encontré aún

un pliego de papel de cartas en el que usted había escrito: “*Mi querido Makar Aleksiéyevich: Me apresuro...*” “Y nada más. Por lo visto, no había hecho usted más que empezar la carta cuando alguien vino a interrumpirla. En el rincón, detrás del biombo, está su camita... ¡Angel mío!

Bueno, hijita; que lo pase usted bien, muy bien. Por lo que más quiera, escíbame algo como respuesta a mi carta, ¡y pronto!

Makar Aleksiéyevich

30 de septiembre

Amigo, querido amigo Makar Aleksiéyevich: ¡Ya está todo! ¡Se decidió mi suerte! No sé lo que me reservará el porvenir; pero desde ahora me remito a la voluntad de Dios. Mañana partimos.

Por última vez me despido de usted, mi único, mi fiel, querido y buen amigo. ¡Usted es mi único pariente, el único que me ha ayudado en mis apuros!

¡No se inquiete por mí, viva dichoso, recuérdeme alguna vez y que Dios lo bendiga! Yo pensaré mucho en usted y no lo olvidaré en mis oraciones. ¡Ya pasaron aquellos tiempos! Pocos son los recuerdos gratos que del pasado llevo a mi vida futura; pero, por eso mismo, me es más y más preciado el recuerdo de usted y más estimable todavía usted mismo para mi corazón. Usted es mi único amigo, usted únicamente me ha tenido afecto aquí. Yo no soy ninguna ciega, he podido ver cuánto me quería usted. Mi sonrisa bastaba para hacerlo feliz, y una línea mía lo reconciliaba con todos. Ahora va a tener que acostumbrarse a pasarse sin mí. ¿Cómo va usted a poder vivir ahí tan solo? ¿Quién estará a su lado, mi bueno, inestimable y único amigo?

Le regalo a usted el libro, el bastidor y la carta iniciada. Al leer esos renglones empezados..., siga usted leyendo, hágase cuenta que lee en mi pensamiento, que lee todo aquello que hubiera

leído o escuchado de mí con gusto, todo lo que yo hubiera podido... ¡y ahora ya no podré escribirle!

No olvide usted a su pobre Várinka, que sincera y cordialmente le ha querido. Todas sus cartas las tiene Fiodora en la cómoda.

Me escribe usted que está enfermo. De buena gana iría a verlo; pero el señor Bukov no me deja salir hoy.

Le escribiré a usted, amigo mío; se lo prometo; pero sólo Dios sabe lo que puede ocurrir. Así que despedámonos para siempre, amigo mío. ¡Para siempre!... ¡Ay, qué abrazo le daría yo ahora! Siga usted bien, amigo mío; que sea muy feliz, mucho, mucho, ¡mucho! Que se conserve con salud. No olvidaré nunca rezar por usted. ¡Oh, si supiera usted qué pena tengo, qué doloridamente agobiada tengo el alma!

El señor Bukov me está llamando.

La que siempre lo querrá.

V.

Post Scriptum: Tengo el alma tan llena, tan llena de lágrimas... ¡Amenazan con ahogarme, con destrozarme ¡Siga usted bien, Makar Aleksiéyevich! ¡Adiós! ¡Qué tristeza!
No me olvide, no olvide nunca a su pobre Várinka.

(Sin fecha)

Hija mía, Várinka: Se la llevan a usted, se va. Sí, sería preferible que me arrancasen el corazón del pecho antes que quitármela a usted. ¿Cómo es posible que esto sea? ¿Cómo puede usted consentirlo? Acabo de recibir su carta, que en muchos sitios está salpicada de lágrimas. ¿Es que por su gusto no viajaría usted? ¿Acaso se la llevan a usted por la fuerza? Su corazón no va a poder resistir aquello; allí todo es feo, frío. La nostalgia la va a

enfermar, la pena va a acabarla. Allí se morirá usted, la enterrarán en la tierra húmeda y no habrá nadie que la llore. El señor Bukov estará siempre cazando liebres... ¿Qué resolución tomó usted?

¿Cómo pudo usted avenirse a nada semejante? ¡Usted es una niña, tierna y débil como una pluma!

¿Dónde estaba yo? ¡Yo, torpe de mí, dormía con los ojos abiertos! Yo me he portado como un verdadero idiota; no pensaba ni veía nada, como si eso fuera lo justo, como si a mí no me interesase el asunto...

No, Várinka; yo despertaré; hasta mañana puede que continúe dormido; pero luego me despertaré sencillamente. ¡Y entonces iré, sin más ni más, a arrojarme bajo las ruedas de su coche! ¡Yo partiré con usted! ¡Correré a la zaga de su coche! si no quiere usted admitirme en su interior, correré hasta que no pueda más, hasta que me falte el aliento y exhale el último suspiro!

Pero ¿sabe usted bien, hija mía, lo que le aguarda allí donde la llevan? Allí sólo le aguarda la estepa, pelada e infinita, ¡tan desnuda como mi mano! Allí sólo verá usted campesinos brutales, sin sentimiento, y rústicos, zafios y borrachines. Ahora, ya por este tiempo, no encontrará allí árbol con hoja, estará lloviendo y hará frío. ¡Ahí tiene donde la llevan!

¿Cómo es posible, Várinka? ¿A quién voy a escribirle en lo sucesivo? Reflexione y pregúntese a sí misma solamente una cosa: ¿A quién voy a poder llamar desde ahora hija mía; a quién podré dirigirle esa dulce invocación? ¡Me moriré; de fijo que me moriré! ¡No; mi corazón no podrá sufrir tal desdicha!

Yo la he querido a usted como a la luz del sol, como a una verdadera hija mía la he querido, y he querido todo lo suyo. Sólo por usted vivía yo. Pero hágame caso; reflexione usted y considere, palomita mía, si está bien que ahora me abandone. ¡No, hija mía; esto no es posible y no lo será! Está lloviendo y usted

está tan delicada... ¡Se mojará el coche en que viaje, que un coche no es una casa..., y usted también se calará, y apenas haya salido de la población se le romperá al coche una rueda, o se hará trizas todo él! Créame usted, se lo juro: esos cochecitos no valen absolutamente nada.

Usted le contará todo al señor Bukov, discretamente y lo convencerá. Dígale, sencillamente, que usted se queda aquí, que no puede acompañarle en su viaje... ¿Por qué no se habrá casado con la hija de aquel comerciante de Moscú? Habría sido lo mejor para todos. Pero ¿qué relación tiene usted con ese señor Bukov? ¿Cómo es que tan de repente se enamoró de usted y le tomó tanto cariño?

¡Dios mío, Dios mío! ¿De modo que se va usted de veras con el señor Bukov, a la estepa, para siempre.? ¡Ay hija mía! ¡No, usted tiene que volver a escribirme, aunque sólo sea por una vez, contándomelo todo, y si es que ya emprendió la marcha, entonces me escribe desde allí! ¡De otra suerte, ésta sería la última carta, y eso no es posible, no puede ser que ésta sea la última carta! ¿Cómo, cómo podría ser eso, tan de pronto?...

¡La última, verdaderamente la última! Pero no; yo he de escribirle a usted muchas cartas todavía, y usted a mí también...

¡Si ahora es cuando empiezo a tener estilo!... Pero ¿qué hablo de estilo? Yo le escribo a usted al tuntún, sin saber lo que escribo porque no lo sé, no, señor, y no repaso lo que escribo, ni lo enmiendo, ni nada.

¡Yo escribo únicamente por escribir, por escribir cada vez más!...

¡Oh palomita, mi nena, mi hijita, mi Várinka!...